



Tercer Capítulo General Único

6 - 27 Septiembre 2017

CONFERENCIAS - HOMILÍAS

Audiencia Papal: Saludo al Santo Padre del Abad General

Audiencia Papal: Discurso del Papa Francisco

Homilía de la Misa de apertura del Capítulo (Dom Eamon)

Conferencia del Abad General

**1ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"
Dom Gerard de Genesee**

**2ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"
M. Caterina de Macau**

**3ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"
Dom Etienne de Koutaba**

**4ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"
M. Mariela de Quilvo**

**5ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"
Dom Erik de Mt St Bernard**

**Conferencia de Dom Mauro Lepori,
Abad General O.Cist**

**Conferencia de Dom Gregory Polan,
Abad Primado de los Benedictinos**

Homilía de la Misa de clausura del Capítulo (Dom Eamon)

Audiencia Papal: Saludo al Santo Padre del Abad General

¡Santo Padre!

No estoy hablando sólo por mí, sino también en nombre de los miembros de nuestro Capítulo General y de todos los que prestan servicios en él, cuando digo que es una gran alegría para mí agradecerlos desde lo profundo del corazón por hayáis hecho posible para que pasemos algún tiempo en vuestra compañía.

Venimos a Vos, el sucesor de Pedro, para fortalecer nuestra fe y recibir la luz y el estímulo que vuestra persona y vuestra palabra nos pueden ofrecer.

Y tenemos una solicitud. Desde vuestro punto de vista como Jesuita y como Pastor con amplia experiencia -sin mencionar todo lo que ha sucedido desde vuestro acceso a la Sede de Pedro- os pedimos que compartáis con nosotros algo de vuestra visión de la vida monástica, sus expectativas de esta vida, y cómo concebís nuestra misión en la Iglesia de hoy.

En la actualidad, en muchos de nuestros monasterios, podemos fácilmente testimoniar la responsabilidad, la buena voluntad y una vida monástica auténticamente vivida. Pero, en un número creciente de estos mismos monasterios, los nuevos miembros son pocos y como resultado los hermanos y hermanas a menudo se sobrecargan a pesar de todas las adaptaciones y renovaciones realizadas. Esto puede afectar la salud de algunos o simplemente hacer que se sientan desalentados, sin muchas posibilidades de cambio en el horizonte. ¿Cómo podemos vivir estas situaciones en la alegría del Evangelio?

Por último, en un mundo que está cambiando con tanta rapidez, hay ciertas áreas en las que nuestras deficiencias suelen ser más evidentes que nuestras competencias: Hablo, por ejemplo, de cómo podemos atraer a nuevos miembros, cómo podemos relacionarnos con ellos con verdadera comprensión y cómo podemos participar en un proceso de discernimiento adecuado a nuestra forma de vida. Sin embargo, el Evangelio sigue siendo la fuente de una verdadera vida humana. Descubrir donde Dios nos está guiando, decidir las cosas que debemos cambiar y cómo hacerlo, leyendo los signos de los tiempos: estos son algunos de los problemas que surgen.

¡Santo Padre! Ahora esperamos con alegría vuestras palabras. ¡De todo corazón muchas gracias!



Audiencia Papal: Discurso del Papa Francisco

«Queridos hermanos y hermanas. Los saludo con alegría con motivo del Capítulo General. Doy las gracias a cada uno de vosotros por esta visita, empezando por el Abad General que se ha hecho intérprete de todos, ilustrando también el propósito y los objetivos de la asamblea. A través de los aquí presentes quisiera enviar un cordial saludo a los hermanos y hermanas de vuestros monasterios repartidos en diversos países.

Voy con mi corazón y mi mente a vuestros silenciosos claustros, de los cuales sube incesante la oración por la Iglesia y por el mundo. Y doy gracias al Señor por la presencia insustituible de las comunidades monásticas, que representan una riqueza espiritual y un recordatorio constante para buscar ante todo las cosas de “allá arriba”, para vivir en su justa medida las realidades terrenas.

En estos días de reflexión e intercambio de experiencias, están llamados a identificar los objetivos y los caminos para vivir cada vez con mayor autenticidad vuestra vocación y vuestra consagración, teniendo en cuenta las necesidades del momento presente, para ser así testigos de oración asidua, de sobriedad, de unidad en la caridad.

Vuestra vida contemplativa se caracteriza por una oración asidua, expresión de vuestro amor por Dios y reflejo de un amor que abarca a toda la humanidad. Siguiendo el ejemplo de San Benito, no anteponen nada al *Opus Dei*; les exhorto a dar gran importancia a la meditación de la Palabra de Dios, especialmente a la *lectio divina*, que es fuente de oración y escuela de contemplación.

Ser contemplativo requiere un camino fiel y perseverante para llegar a ser hombres y mujeres de oración, cada vez más impregnados por el amor al Señor y transformados en amigos suyos. Se trata de no ser “profesionales” —en sentido negativo— sino enamorados de la oración, teniendo en cuenta la fidelidad externa a las prácticas y las normas que la regulan y marcan los momentos no como fin sino como medio para avanzar en la relación personal con Dios.

Así se convierten en maestros y testigos que le ofrecen el sacrificio de la alabanza e interceden por las necesidades y la salvación del pueblo. Y al mismo tiempo vuestros monasterios siguen siendo lugares privilegiados donde se puede encontrar la verdadera paz y la felicidad genuina que sólo Dios, nuestro refugio seguro, puede donar.

Desde sus orígenes, los Cistercienses de Estricta Observancia se caracterizaron por una gran sobriedad de vida, convencidos de que era una gran ayuda para centrarse en lo esencial y llegar más fácilmente a la alegría del encuentro sponsal con Cristo. Este elemento de simplicidad espiritual y existencial conserva todo su valor de testimonio en el contexto cultural actual, que con demasiada frecuencia conduce al deseo de bienes efímeros y paraísos artificiales ilusorios.

Este estilo de vida también favorece las relaciones internas y externas del monasterio. Ustedes no viven como ermitaños en una comunidad, sino como cenobitas en un desierto singular. Dios se manifiesta en vuestra soledad personal, así como en la solidaridad que los une a los miembros de la comunidad.

Están solos y separados del mundo para adentrarse en el sendero de la intimidad divina; al mismo tiempo, están llamados a dar a conocer y compartir esta experiencia espiritual con otros hermanos y hermanas en un equilibrio constante entre la contemplación personal, la unión con la liturgia de la Iglesia y el recibimiento de los que buscan momentos de silencio para ser introducidos en la experiencia de vivir con Dios.

Vuestra Orden, como todo instituto religioso, es un don que Dios ha dado a la Iglesia; por lo tanto, es necesario que viva bien insertado en la dimensión de comunión de la Iglesia misma. Los animo a ser testimonio calificado de la búsqueda de Dios, escuela de oración y escuela de caridad para todos.

La “Carta de Caridad”, el documento que establece los términos de vuestra vocación, debidamente aprobada por la Iglesia, establece las características esenciales del Capítulo general, llamado a ser signo de unidad en la caridad para todo el Instituto.

Esta unidad en la caridad es el paradigma de toda familia religiosa llamada a seguir a Cristo más de cerca en la dimensión de la vida comunitaria, y se expresa sobre todo en cada una de vuestras comunidades monásticas en un clima de fraternidad verdadera y cordial, según las palabras del Salmo:

“¡Que hermoso y dulce es que los hermanos vivan juntos!”(133,1). En este sentido, la invitación de San Benito está siempre presente: “Nadie esté perturbado ni entristecido en la casa de Dios”.

La unidad en la caridad también se expresa en la fidelidad al patrimonio espiritual, es decir, a la identidad de vuestra Orden. En este sentido, el Capítulo General es una ocasión propicia para renovar, en un clima de diálogo y de escucha mutua, el propósito común en la búsqueda de la voluntad de Dios. Los exhorto a preguntarse con serenidad y verdad sobre la calidad de vuestro testimonio de vida, sobre la fidelidad dinámica al carisma, sobre cómo ha sido vivido en vuestras comunidades monásticas, así como por cada uno de los monjes y monjas.

La defensa del carisma es, de hecho, una de las principales responsabilidades del Capítulo general y es una experiencia vital del presente, que se encuentra entre la memoria agradecida del pasado y las perspectivas de un futuro esperanzador.

Vuestra Orden, en sus vivencias históricas, ha conocido tiempos de gracia y momentos de dificultad; pero siempre ha perseverado en la fidelidad a la búsqueda de Cristo, teniendo como propósito la gloria de Dios y el bien de la gente. En el surco de esta tradición espiritual vuestra, se puede leer el estado actual de la Orden en sus trazos de luces y sombras y, en la novedad del Espíritu, identificar con coraje nuevas posibilidades y oportunidades para dar testimonio de vuestro carisma en la Iglesia y en la sociedad de hoy.

Espero que ese testimonio se vuelva aún más significativo merced a una coordinación cada vez más orgánica entre las diferentes ramas de la Orden.

La Virgen María, madre de Dios y de la Iglesia, modelo de toda vida consagrada, acompañe con su intercesión maternal vuestros trabajos capitulares y el camino de la Orden. Con esos votos, mientras os pido que recéis por mí, os imparto la bendición apostólica que extiendo a todos los monjes y monjas de vuestras comunidades. Gracias».



Homilía de la Misa de apertura del Capítulo (Dom Eamon)

En las palabras introductorias de la carta a los Colosenses, aprendemos algo del gozo de San Pablo por los cristianos de Colosas, los santos, su fe en Cristo, su amor por la comunidad de creyentes y su esperanza por un futuro con Dios en el cielo. Ellos, al igual que el mismo Pablo comprendieron que la gracia de Dios es realmente el ser salvados por Él, no por nada hecho por ellos, sino por el generoso amor de Dios. El mensaje del amor de Dios por nosotros es la verdad que posee San Pablo y por ello se regocija tanto cuando conoce lo que significa ser amado por Él. Puede confiar en la bondad de Dios, porque la ha conocido en su vida. Y de ese modo la puede ofrecer a otros con seguridad. Pablo no habla de una teoría sino de una experiencia, una experiencia que se ha adueñado de toda su vida. Se sabe amado por Dios y esa es su vida, y quiere comunicarla a otros para que ellos también tengan vida verdadera. Y del mismo modo que Jesús antes que él, es enviado como apóstol de la bondad de Dios que todo lo ha creado.

La intensidad de Pablo puede a veces ser disuasoria para nosotros al sentirnos de algún modo abrumados por ella. La lectura del Evangelio nos ofrece en la persona de Jesús una entrada más suave de Dios en nuestras vidas. Jesús viene a nosotros, ciertamente enviado por Dios y lo vemos bajo una presencia sanadora curando a la suegra de Pedro. Pero hemos de recordar también que esa curación es una lucha contra el mal. La fiebre es “reprendida” y la deja, de modo que, curada y recuperada, se pone al servicio de Jesús y sus compañeros. Esto nos muestra en una clave más humilde cómo la buena noticia nos libera para el servicio a los demás. Se trata de una respuesta a la bondad de Dios para con nosotros.

Al atardecer, pasados el calor y el trabajo, La gente viene con sus sufrimientos y enfermos y los presenta a Jesús para ser curados, cosa que Él lleva a cabo y los libera del maligno. Pero a la mañana siguiente está de nuevo en camino pues tiene la misión de ser enviado a proclamar la Buena Noticia y debe seguir adelante con ello, su propia misión.

Nosotros vemos en Jesús y en Pablo el servidor de Jesús, al Espíritu de Dios en acción, predicando, enseñando, curando y dando nueva vida. Pedimos que el mismo Espíritu pueda hacer nuestro trabajo agradable a Dios, bendecir nuestro Capítulo, nuestro trabajo y nuestra fraternidad y llevar a cabo sus planes para con nosotros.



Conferencia del Abad General

Mis queridas hermanas y hermanos, es costumbre que el Abad General diga algo acerca de la Orden, pero cómo decirlo era un problema para mí, sin dar una vuelta por el mundo y hablar de estadísticas de las que de todos modos todos tenemos una idea. Me vino la idea de hablar de dos comunidades, una de tipo tradicional y la otra se trata de una pequeña pre-fundación. Mi experiencia al Visitarlas este año, me dio una perspectiva que no tuve en otras Visitas anteriores. Quizás este compartir pueda contribuir algo a la reflexión y a compartir lo que hemos de hacer hoy al empezar este Capítulo General.

En mayo de este año, hice una Visita a Cîteaux y Munkeby su pre-fundación en Noruega. Asistido por la Abadesa de Rivet en Francia. Hay 26 monjes en esa comunidad, de los que 24 son profesos solemnes y 2 postulantes, con 6 solemnes ausentes (3 de los cuales están en Noruega). Tienen dos familiares y dos monjes huéspedes, así pues son 24 los que viven en comunidad. A pesar de disminuir en número hay un buen movimiento vocacional desde los primeros años de este siglo. Hay un buen despliegue de edad en esta comunidad con un buen también núcleo de gente activa y algunos jóvenes. Una buena liturgia, un trabajo responsable y una seria y simple vida monástica.

Tienen un establecimiento de ganado lechero y bosques. La leche que se obtiene se emplea en la producción de queso en la abadía. Llevan así mismo una tienda donde el queso tiene mucha demanda. Aunque nada queda del siglo XII, existen aún edificios de los siglos XII y XV y XVIII (así como del XIX y XX)

La organización de esos edificios supone un desafío para la comunidad y los miembros de la Familia Cisterciense.

La tarde anterior a la Visita me hice la siguiente pregunta: ¿Qué les pedimos hacer en la última Visita y cómo respondieron? Quedé muy impresionado con el resultado. Habíamos recomendado:

Un cambio de responsables; la necesidad de un diálogo con los hermanos de Munkeby; Tener una ayuda externa para sus propios diálogos; una mejor organización de trabajo; hacer algo para mejorar la entrada al monasterio. Y todos esos puntos fueron remitidos: hubo seis cambios de responsables, algunos de ellos pedidos por los mismos hermanos por una u otra razón. Entre ellos el Prior; NM; el hospedero, el enfermero y algunos cambios en el departamento del Cillerero.

El diálogo con los hermanos de Munkeby tenía que ver con malentendidos o desacuerdos acerca de los años de la fundación que considerábamos necesitaban de un dialogo. Así pues los hermanos vinieron de Munkeby por una semana y sin ninguna ayuda externa ni discernimiento, tuvo lugar un fructífero diálogo aunque no sin su dificultades y tensiones. Algunos hermanos en Cîteaux también notaron que sus diálogos necesitaban ser algo más espontáneos y libres y que de nuevo se requería pedir y buscar ayuda. La organización del trabajo estaba relacionada con una disminución del personal y la formación necesitaba de un hermano responsable para la producción de queso y las necesidades de su industria, así como la complejidad para dirigir un negocio en el mundo de hoy. Se hizo una auditoría pero, según mi entender, las opciones están aún bajo consideración. Otros elementos dignos de mención son: El programa-buscadores de felicidad-un programa que permite a huéspedes y posibles candidatos vivir con la comunidad y compartir la vida de los monjes por un período a determinar. Ahora tienen también *lectio divina*, algunos fines de semana al año, en la hospedería, tienen un buen seguimiento y funcionan bien, guiados por dos hermanos, pienso. La comunidad ha construido también una casa dentro de su propiedad, disponible para refugiados, a cargo del gobierno local, con un monje como persona de contacto. Han entrado también en relación con otros grupos monásticos para encuentros eclesiales así como ecuménicos. Con esta instantánea podemos tener alguna idea de los elementos que ocupan la vida de un monasterio tradicional en el mundo de hoy. Las cosas que apunto aquí son: Tomaron seriamente la Visita. La comunidad habló y los Visitadores les escucharon. El Abad y la comunidad oyeron lo que los Visitadores tenían que decir y actuaron en

consecuencias. Escuchan también a la Iglesia, para responder a las necesidades del mundo de hoy: El monasterio está abierto a la gente y también muestra apertura al pobre. (Y a otras comunidades monásticas y religiosas). Pero luchan también por vivir la vida de monjes en el mundo de hoy: ganándose el sustento, lidiando con su herencia, aprendiendo y deseando aprender a vivir juntos; haciendo espacio para la gente; y los temas de la vocación y formación en el mundo de hoy. Es una comunidad viva y lo que le depara su futuro, solo Dios sabe, pero tienen un oído atento.

Munkeby es una comunidad pequeña (3 monjes al tiempo de nuestra Visita) con dos hermanos presentes que estaban interesados en hacer su tránsito. Uno lo ha hecho desde hace tiempo pero nada sé del otro. Fundados por Cîteaux en 2009, hubo sentimientos encontrados en la comunidad en cuanto a ello, aunque la mayoría se mostró favorable a dicha fundación. Los hermanos viven en una pequeña propiedad, en una casa de madera en una parte relativamente remota de Noruega. La casa tiene seis pequeños pero agradables dormitorios, una pequeña capilla, una amplia ventana en el ábside, una pequeña sacristía, una ducha, un pequeño *scriptorium*, una cocina-comedor así como un sótano donde elaboran su queso. Es una casa moderna, cálida y confortable pero con un espacio muy pequeño. Pero uno se siente en el siglo XXI. En el interior de la casa el ambiente es el de una familia y mientras estuvimos allí, hablamos durante las principales comidas. Pero el lugar es solitario y silencioso y aunque hay otras casas alrededor uno ve a poca gente. Los hermanos se insertan bien en la cultura y la Iglesia de Noruega, pero las vocaciones son pocas aunque algunas podrían llegar lejos en esa comunidad de proporciones humanas. Lo que fue interesante en el curso de nuestra Visita fue oír las observaciones de las experiencias de los que habían hecho el tránsito: apreciaban el equilibrio de la vida con tiempo para oración y lectura; la Regla se lleva seriamente aquí. El trabajo se organiza cada día y se mencionan las diferentes necesidades. Una vez a la semana se reúnen para una acción de gracias, reconciliación y corrección fraterna; La gente es respetada, ayudada y escuchada. Hay una especie de atmosfera familiar. Y un sentido de responsabilidad compartida; Hay una dimensión ecuménica y una sana apertura hacia la gente del lugar. La comunidad estaba justamente completando un nuevo edificio (3 habitaciones para huéspedes, una fábrica de queso, una cocina para huéspedes, una portería y una sala de reuniones).

Me impactó, como nunca antes, cómo el edificio y los nuevos miembros parecían encajar en ese monasterio para gente del siglo XXI. Los edificios eran de los tiempos no modernos del S. XIX, pero adaptados a la gente y sus aspiraciones. Formaban una unidad. De nuevo decir que solo Dios conoce cuál es el futuro de esta comunidad, pero parece responder a un monacato de su tiempo y puede muy bien satisfacer las necesidades de la gente de hoy día. Los hermanos vienen aquí con una tradición pero no traen, del monasterio tradicional, exceso de equipaje y pueden vivir de manera más simple en nuestro tiempo. Las "Regulaciones humanas" tienen menos peso aquí, parece, mientras que lo esencial no se ha perdido. El Papa Benedicto en un libro reciente sobre sí mismo, tiene una magnífica cita de Tertuliano que dice: "Jesús no dice soy tradición, sino soy la verdad"

En este contexto mental me gustaría ofrecerles el aroma de un documento que encontré solamente hace una semana, pero que fue publicado a comienzos de este año en italiano y está ahora disponible en inglés con el título de: "*Vino Nuevo en Odres Nuevos*" Un Documento publicado en forma de libro por la Congregación para Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. Es el resultado de un encuentro plenario de esa Congregación y el fruto de los encuentros y sesiones celebrados en Roma a lo largo del Año de Vida Consagrada. Ofrece orientaciones generales para la vida consagrada y sus retos en curso desde el Vaticano II. Lo encontré un documento muy directo y contundente que aborda muchas de las dificultades de hoy.

El dicho de Jesús (Vino nuevo en odres nuevos) se encuentra en los tres Evangelios Sinópticos y enfatizan la novedad del mensaje y la persona de Jesús. Mientras en Jesús hay continuidad y cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo, hay también novedad y cambio radical. Las formas y prácticas religiosas tradicionales son puestas en tela de juicio por la manifestación de la misericordia de Dios en la persona y práctica de Jesús. La forma en que Jesús proclama el Reino de Dios está basada en la ley de la libertad. He dicho es una llamada a la flexibilidad en relación a los caminos de prácticas religiosas que se institucionalizan muy fácilmente, faltos del sentido que antaño expresaban. El documento precisa que "un proceso de renovación que no puede afectar y cambiar las estructuras, en adición a los corazones, no producirá cambio alguno real y duradero" (pág. 15). El documento ve la renovación que siguió en el Vaticano II como una expresión de su "nuevo vino" que vio nuevos ministerios, nuevas formas de gobierno y diferentes expresiones de solidaridad que eran

inimaginables con anterioridad. Pero eso no significa que los antiguos hábitos y formas de pensar y actuar no continuasen. Esto es normal porque el cambio genuino no es nunca automático y necesita tiempo para lidiar con el conflicto inevitable. El trabajo del Espíritu Santo en nosotros no es nunca indoloro.

El documento reconoce el importante papel de la vida consagrada en la nueva época de apertura y diálogo con el mundo que siguió al Vaticano II y que benefició a toda la Iglesia. Pero también reconoce la fragilidad y la fatiga que dice necesita ser reconocida para que el viaje continúe pero con creciente fidelidad y creatividad. En todo esto necesitamos recordar que el documento está dirigido a todos en la vida consagrada y así concierne grandemente a los ministerios que han cambiado y continúan cambiando debido a los rápidos cambios en la sociedad. Pero todo lo dice no es ajeno a nuestra experiencia. Menciona el peligro de enfatizar las estrategias de supervivencia cuando lo que se necesita es libertad para relanzar nuevos procesos. Para ello se necesita una capacidad para promover un esfuerzo de colaboración. Lo que el documento apunta es a alentar una renovación. Se trata de tener una nueva aspiración a la santidad impensable sin una renovada pasión por el Evangelio.

La segunda sección del documento se refiere a los **DESAFÍOS EN CURSO**. Apunta que todos los sistemas estabilizados tienden a resistir el cambio y trabajos para mantener su posición. (“dicen lo antiguo es bueno”, como apuntó Jesús). Esto puede ser hecho escondiendo inconsistencias o negando realidad y diferencias en Orden a mantener la paz y demás. Desgraciadamente hay demasiado comportamiento que es meramente formal que no lleva a una verdadera conversión de corazón.

El tema de **vocación e identidad** es mirado porque la Congregación está muy preocupada por el continuo alto número de abandonos de la vida consagrada, que ocurre tanto en los jóvenes profesos como en los miembros antiguos en cada contexto cultural y geográfico. Aunque el momento de salida pueda comprender crisis emocionales, las raíces del problema son, a menudo, el resultado de una falsa vida de comunidad. Lo que se ha enseñado y lo que se ha experimentado es tan diferente que puede provocar una crisis de fe. No ayuda el excesivo énfasis en el trabajo o el ministerio y no encontrar las raíces profundas de los jóvenes miembros. A menudo la impresión es que el proceso de formación es más sobre impartir información que sobre cambiar conductas y cómo vivimos. Integrar diferentes culturas puede demostrar un desafío a continuar con las clásicas formas de hacer las cosas. Preocuparse por el crecimiento armonioso entre las dimensiones espirituales y humanas requiere una real atención a la gente. Para que una formación sea efectiva debe estar basada en una enseñanza estrictamente personal y no teniendo la misma solución para todos. Es una cuestión más de iniciación que requiere un contacto entre el maestro y el discípulo, caminando al unísono en confianza y esperanza. Tiene también que tener lugar en una vida fraterna cuando uno aprende la aceptación de los otros. La formación continua se menciona también en términos de necesidad de desarrollar una cultura sobre ello y así debe ser, no con conceptos teóricos pero con la habilidad para revisar y verificar la experiencia real vivida dentro de la comunidad.

La sección final en el área de los desafíos considera lo que llama “**relación en lo humanum**”. Tomo esto como para indicar relaciones humanas y personales. Aquí habla acerca de tres clases: Reciprocidad entre hombre y mujer; servicio de autoridad y finalmente modelos relacionales. Al hablar acerca de las relaciones entre **hombre y mujer**, afirma que “somos herederos de los modos de vida, las estructuras de organización y gobierno, lenguajes e imaginación colectiva de una mentalidad que enfatizaba profundas diferencias entre el hombre y la mujer, en detrimento de su igual dignidad” (nº 17). “A pesar del progreso que hemos hecho en este viaje, tenemos que reconocer que aún tenemos que llegar a una síntesis equilibrada y una purificación de patrones y modelos heredados del pasado” (nº 18) Falta una verdadera reciprocidad en la esfera de la vida consagrada. Así la VC y la Iglesia tienen aún que hacer en la práctica un largo camino.

El **servicio de autoridad** es también problemático hoy día con insuficiente subsidiaridad y tan débil o ineficiente corresponsabilidad en la práctica de gobierno. En temas serios, recurrir a mayoría de votos de acuerdo a la ley sin esfuerzos para explicar, proveer honesta información y clarificar objeciones, no es una práctica sabia, mucho menos habiendo alianzas de grupos de intereses. Esto es opuesto a la comunión carismática del instituto y milita contra un sentido de pertenencia. Ninguna figura de autoridad, ni siquiera un fundador es el exclusivo intérprete del carisma ni está por encima de la ley universal de la Iglesia. EL documento continúa hablando de las recientes experiencias en algunos institutos, especialmente, los fundados recientemente, experiencias de manipulación de la libertad y dignidad de la gente. No se deben fomentar actitudes infantiles que no conducen a una madurez. ¡El

autoritarismo es un detrimento a la vitalidad y fidelidad de los consagrados! La vida fraterna ha de ser definida de tal manera que sea un mutuo apoyo para todos para realizar la vocación de cada uno. Concluyendo esta sección con el servicio de autoridad, dice que aquellos que no llevan a cabo este ministerio con una paciente escucha y una positiva comprensión, se quedan sin una real autoridad entre sus hermanos y hermanas. Nuestro modelo es Cristo que no vino a ser servido sino a servir.

Modelos relacionales: El cambio implicado en la imagen de convertirse en odres nuevos, supone esfuerzo, habilidad y deseo de cambio. Así pues se necesita tener un verdadero deseo de renunciar a cada forma de privilegio. Modelos obsoletos de autoridad necesitan especialmente ser abandonados para que las nuevas posibilidades puedan surgir en el ámbito del gobierno, la vida común, el manejo de los bienes y la misión. Ejemplos de este bloqueo son: la persistente centralización del poder de decisión y la falta de rotación en el gobierno de comunidades e institutos. Es también claro que la clericalización de la vida consagrada se ha intensificado en las décadas recientes. Obediencia y el servicio de autoridad se han hecho más temas sensibles por los profundos cambios en las culturas. Hoy, las palabras *superior* e *inferior* no son ya apropiadas. Ese es el lenguaje de un contexto piramidal y no el de comunión. Hay una impresión común de que el fundamento evangélico de fraternidad falta a menudo en las relaciones entre superiores y miembros. Se da más importancia a la institución que a las personas que la forman. Esta sección termina con un recuerdo de la naturaleza eclesial del gobierno de un Instituto. Los bienes de un Instituto son bienes eclesiales, y sirven al mismo propósito evangélico de promover a la persona humana, la misión y el compartir caritativo y de apoyo con el pueblo de Dios. Un compromiso común sobre el interés y el cuidado de los pobres puede dar nueva vitalidad a un Instituto.

La tercera y última parte de este Documento habla de preparar nuevos odres y acerca de la formación continua e inicial así como de relaciones evangélicas. Me gustaría terminar con lo que pienso es una cita muy significativa sobre formación continua.

“La formación continua debe ser orientada de acuerdo a la identidad la vida consagrada. No es cuestión de estar al día con nuevas teologías, normas eclesiásticas o nuevos estudios, relativos a la historia y carisma del Instituto de uno. La labor es fortalecer, o a menudo, encontrar de nuevo su propio lugar en la Iglesia al servicio de la humanidad. Este trabajo a menudo coincide con aquella clásica *segunda conversión*, común a lo largo de los decisivos momentos de la vida como la mediana edad, un momento de crisis, o la retirada de la vida activa debida a enfermedad o ancianidad. Estamos todos convencidos de que esa formación debe durar toda la vida. Sin embargo, tenemos que admitir que la cultura de la formación continua, ya no existe. Esta ausencia es el resultado de una mentalidad que es parcial y reductiva cuando se refiere a formación continua. De ahí, la sensibilidad hacia su importancia es insuficiente y el compromiso de los jóvenes es mínimo...La idea de que la formación es verdaderamente continua solo cuando es ordinaria y llevada a cabo en la vida diaria está luchando para arraigar. Hay todavía una débil o sociológica interpretación de la formación continua que la relaciona a un simple deber de adaptación o una necesidad potencial de renovación espiritual, en lugar de una actitud continua de escucha y de compartir llamadas, problemas y horizontes. Cada individuo está llamado a dejarse tocar, educar, provocar e iluminar por la vida y por la historia por cuanto proclama y celebra, por el pobre y el excluido, y por aquellos que están cerca y lejos.”

Esta afirmación tiene para mí resonancias con los fundamentos de nuestra llamada monástica y especialmente con el cap.7 de la Regla de San Benito y su llamada a vivir en el recuerdo de Dios y en síntesis en oración continua. Os animo a haceros con este documento tomarlo y leerlo.



1ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

Dom Gerard de Genesee

El tema de esta presentación es "Una visión de la Orden para el siglo XXI". Me temo que no tengo una mente visionaria o estratégica. Lo que trataré de intentar es exponer los aspectos fundamentales con los que nosotros, como cistercienses, estamos de acuerdo.

El fundamento básico es la transformación del cosmos, que comenzó con la muerte y resurrección de Cristo. Esta transformación que está sucediendo ahora da una urgencia escatológica a todo. La *conversatio* cisterciense es una respuesta total a esta urgencia. La peculiar forma de nuestra vida cisterciense nunca tendría sentido sin esta urgencia escatológica. Louis Bouyer dijo sobre el monacato: «la vida monástica por sí sola proporciona a la vida de la fe, a la vida en la fe, el más completo desarrollo del que es capaz aquí abajo». Cuando nos fijamos en la *conversatio* cisterciense percibimos una forma de vida que surge de lo que Bouyer llama "una fe totalizadora" en esta transformación cósmica que forja el Espíritu de Jesús.

Otro fundamento es que a lo que es más verdadero y más real se accede por la fe y no por la vista, y lo que es más cierto, nos dice el Papa Emérito Benedicto, es que el verdadero centro de la historia es Cristo y Su Iglesia; Iglesia entendida no como una abstracción sociológica, si no como Iglesia fusión de la criatura con su Señor en un amor conyugal. Este aspecto del amor conyugal dicta que la Iglesia, en su realidad más profunda es personal porque Dios no puede entrar en el amor conyugal con abstracciones sociológicas o colectivas. La vida que Cristo vino a traernos desde arriba debe por lo tanto en primer lugar ser recibida por una persona concreta. En cuyo caso, el ejemplo de la fusión de la criatura con su Señor en amor conyugal se concretiza en María. Ella es la primera Iglesia. Y como Su *Fiat* está de acuerdo con la misma Palabra de Dios, María sólo puede ser pura receptividad. Ella sólo puede entregarse y ser "entregada". Después de todo, ¿qué otro propósito tiene la Iglesia si no hacer una morada para Dios en el mundo?

A la luz de estos hechos teológicos, la Iglesia siempre será mariana en su forma. Siempre femenina y fundamentalmente receptiva en contraste con lo que podría caracterizarse como el modelo masculino activista que nos cautiva en estos tiempos con su productividad, su poder y sus resultados. Pero *Ecclesia*, en su forma mariana, está ante todo creando un espacio donde Dios puede revelarse a Sí mismo como Dios. Esto es por lo que nosotros, los cistercienses, nos debemos ver en el corazón de la Iglesia porque nuestra forma de vida es marcadamente mariana. Me gustaría enfocar en esto la forma mariana de hacer un espacio para Dios, como clave para una mejor apreciación de la forma de la *conversatio* cisterciense.

En una de sus conferencias a los Benedictinos, el antiguo Maestro General de los dominicos, Fr. Timothy Radcliffe, señaló que cuando los israelitas salieron del desierto, Dios iba con ellos sentado entre las alas de un querubín. El trono de la gloria era un espacio y un vacío y una "nada", lo que significa que la gloria de Dios sólo puede mostrarse en un espacio vacío. Si la vida cisterciense es predominantemente mariana en su forma, podemos estar seguros de que todos los elementos de nuestra vida conspirarán para crearse espacio en el corazón del monasterio y en cada corazón, donde Dios y su Cristo puedan ser revelados como el verdadero centro. Nosotros, pobres desterrados hijos de Eva, experimentaremos la opresión de este espacio como el vacío, como el tedio, pero esto no es un error que debemos apresurarnos a rectificar, ni un problema del que debemos huir. Es el anverso de crear un espacio para Dios.

La Cst. 3 habla de nuestra vida ordinaria, oscura y laboriosa. En contraste con las congregaciones con misiones específicas, nosotros parecemos no tener ninguna. No hay una especialización explícita que justifique nuestro lugar en el mundo de las buenas obras en contraste con la misión de los jesuitas o de los dominicos. El vacío, el espacio en este caso, es vivir sin ningún propósito explícito en el mundo. Y este espacio revela a Dios como el propósito oculto y secreto de nuestras vidas. Si tuviéramos una misión específica, la revelación de Dios en nuestra forma de vida sería de alguna manera ambigua. La

falta de una misión específica evidencia claramente que sólo Dios puede ser el secreto propósito de una vida que es ordinaria, oscura y laboriosa. Me gustaría citar a von Balthasar. Él dice: "Hay grandes misiones que se dan por el bien de la actividad exterior de la Iglesia. Sin embargo, Dios también puede encargar grandes misiones solo por el bien de la propia entrega, con o sin extraordinarias gracias de oración. Estas últimas misiones, aunque no reconocidas ni canonizadas, pueden tener un impacto igualmente grande, aunque oculto y anónimo, en la Iglesia y en el mundo ».

Si hay un área donde se descubre el espacio es en la Obra de Dios, que es el núcleo del día Cisterciense. Es probablemente el área de nuestra vida que tiene la menor utilidad a los ojos del mundo. Sin embargo San Benito pone este fundamento de gran inutilidad en el centro mismo de nuestras vidas. Nada ha de anteponerse a la Obra de Dios. Es esta misma inutilidad de la Obra de Dios la que revela que Dios no es un objeto en el mundo. Pero esta inutilidad también se convierte en la mayor utilidad cuando buscamos la analogía mariana; entonces el espacio "inútil" de la Obra de Dios es la misma apertura por donde el Misterio de Cristo puede entrar en el mundo. Esto es parte de una conferencia de Dom Mauro Giuseppe sobre la Regla de San Benito, referida al Capítulo 7. No estoy seguro de haber entendido claramente lo que él quería decir, pero lo que deduje me impresionó y eso es lo que deseo compartir. El capítulo 7 sobre la humildad es el eje central de la Regla. En el vértice de las etapas de la humildad tenemos a San Benito diciendo: "El duodécimo paso de la humildad es que un monje siempre manifieste humildad, tanto en su comportamiento como en su corazón, para que ésta sea evidente en la Obra de Dios, ya sea en el oratorio o en el monasterio, en el jardín o en un viaje, en el campo o en cualquier otro lugar donde sea, como sea y cuando sea; por tanto, me gustaría pensar con sentido cósmico en esta extensión.

Lo que cabe señalar es la cuidadosa y bien pensada disposición de los lugares donde el monje muestra su humildad. En el corazón de todo esto está la Obra de Dios. Ahora lo interesante es resaltar que San Benito no colapsó ni la Obra de Dios ni el oratorio. Él hace la distinción deliberadamente: primero la Obra de Dios y luego el oratorio. La Obra de Dios no es un lugar. Es el vacío, el trabajo «inútil» a partir del cual empieza toda la radiación y parten los círculos concéntricos de radiación que se ensanchan y extienden más allá del monasterio: primero en la Obra de Dios, después en el oratorio, luego en el jardín, en un viaje fuera o en el campo y finalmente en cualquier otro lugar. La gloria de Dios en el vacío del Oficio Divino es esa vibración intangible, es ese caro perfume que revela la presencia de Dios a aquellos que acuden a nuestros monasterios.

La forma de vida cisterciense también hace un hueco en el corazón de la comunidad y en cada corazón humano. Este vaciamiento fluye desde la centralidad de la Eucaristía en nuestros monasterios porque no nos reunimos para la Eucaristía, sino que la Eucaristía nos reúne. El vaciamiento, la eliminación de barreras y defensas que nos mantienen separados en la comunidad es como también nos convertimos en Eucaristía. En esta luz podemos entender por qué el Capítulo 7 sobre la Humildad es el corazón mismo de la Regla. Siguiendo la idea del padre Radcliffe, la humildad es un descentramiento radical del yo. Para San Benito la humildad no es un terco proyecto de progreso. Está íntimamente relacionado con la construcción de la comunidad. Me vuelvo, tú te vuelves humilde construyendo nuestra comunidad, porque construir comunidad significa vaciarme de egoísmo. La comunidad que San Benito está concibiendo es aquella en la que no hay egocentrismo. Donde vivimos para otro. Donde vivimos vidas de mutua ayuda y apoyo, de mutua obediencia y respeto hacia los demás. Donde respondemos a la atracción de la gracia más que a los apetitos no superados. Aquí nadie está en el centro. Y el centro es el espacio donde la gloria de Dios puede ser revelada. La comunidad entonces, ya no es una mera ayuda para facilitar a las personas su búsqueda de la auto-perfección. La comunidad es *Ecclesia*, el espacio donde cada miembro de la comunidad encuentra el misterio de Cristo refractado en y a través del otro.

Silencio y soledad, vigiliat, y mantener el ambiente serio del recinto alivian el desierto interior. Este desierto tan crucial es el espacio donde los disfraces del pecado y en especial la rebelión del orgullo son desenmascarados. Las dolorosas pruebas interiores que nacen de esta confrontación causan ese radical descentramiento del yo. Hoy todo conspira para huir del vacío: curiosidad, ruido, distracciones y ocupaciones. *Acedia*, esa tranquila desesperanza, se ha convertido en una condición del mundo. El Papa Francisco nos ha pedido que vayamos a las periferias. Debemos responder a esta llamada desde las características de nuestra *conversatio*. Nuestro estilo de vida limitado y moldeado por la soledad nos lleva rápidamente a las periferias donde las fuerzas subpersonales deben ser confrontadas con la armadura de la fe y la esperanza. Porque nuestra lucha no es con la carne ni con la sangre, sino con los

poderosos, con los gobernantes del mundo en este tenebroso presente, con los espíritus malignos en los cielos. Este combate espiritual no es sólo para nosotros sino para la vida del mundo. Ir a las periferias significa también moverse, en la medida de lo posible, hacia el mundo marginal, hacia los que nos resultan difíciles de amar, hacia los que ponen a prueba nuestra paciencia, hacia los hermanos enfermos y dependientes que no son productivos. Ir a las periferias significa ofrecer hospitalidad a los que acuden a nosotros buscando sanación y esperanza. Vivir en las periferias del interior también significa que somos centinelas que vigilan la irrupción de la luz de la resurrección en la oscuridad de nuestro mundo y compartimos esto de una manera misteriosa en todo el Cuerpo de Cristo. San Basilio, en su carta a San Gregorio Nacianceno, habla de esa purificación que se experimenta en la soledad, para que el corazón pueda recibir todo impacto de la doctrina divina. En el silencio y la soledad es donde nace la sabiduría, como dice nuestra Constitución 3.

Quiero ahora referirme a la *lectio divina*, como ese espacio de revelación de Dios. Como señala la Primera Epístola de Pedro, todos entramos en el monasterio esclavizados por las vanas enseñanzas de nuestros antepasados -capas sobre capas de prejuicios, suposiciones, recuerdos, sensibilidades- que no son transformados por el encuentro con la fe. *Lectio* es purificación por el fuego de la doctrina. Esto también significa una descentralización. Escuchar la Palabra significa que debo desechar mi propia palabra mundana y aceptar y reconocer que la palabra de Dios es el factor decisivo en mi vida. La Palabra debe moldear y juzgar la experiencia, y no al revés. Esto significa vivir por la fe y no por la vista. No es de extrañar que la *lectio* sea una disciplina necesaria. La fascinación por la información, una evasión siempre presente en estos tiempos, debe ser resistida firmemente si queremos que la transformación por la Palabra prenda fuego en nuestras vidas. Mediante esta inmersión en la Palabra y la centralidad de este deseo por la Palabra, el misterio de Cristo crece. De nosotros depende tener nuestros ojos fijos en el Señor.

El trabajo manual y sencillo, ligado como está a la obediencia y a la pobreza, nos penetra. En el mundo, el trabajo es identidad. El trabajo es auto-realización. La adicción al trabajo es una virtud. En nuestra vida, el trabajo, que está sujeto a la obediencia, nos pone al servicio de los demás. Se espera que vivamos del trabajo de nuestras manos y ésta es nuestra expresión de pobreza. Esta "pobreza" nos hace solidarios con aquellos que no pueden vivir de las rentas y ni del capital acumulado. El trabajo monástico nos sumerge en las limitaciones de la comunidad, de su plan de trabajo y del peso de la historia, a veces una historia muy ineficiente y disfuncional. El trabajo y el auto-apoyo son grandes gracias de nuestra vocación. Nos rescatan del desprecio Neoplatónico por el trabajo y nos involucran en la transformación del cosmos por el Espíritu Santo en Cristo. Nuestras industrias nos dan la oportunidad de testimoniar a nuestros empleados esta transformación para que en la esfera de los asuntos prácticos no tengamos una doble personalidad: Católicos en la oración y capitalistas en el trabajo.

Sé que esto no es una enumeración exhaustiva ni es una reformulación original y creativa de la vida cisterciense; solo pretende ser un recordatorio de algunos elementos importantes de nuestra *conversatio*, reunidos bajo la rúbrica de hacer una morada para Dios. Como dije, este espacio puede ser opresivo pero si perseveramos, entonces este espacio se convierte en el ciento por uno porque nos revela a cada uno de nosotros el misterio de Cristo. Este sostenido encuentro con el Señor es el corazón y el secreto escondido de nuestra alegre perseverancia en una vida que es ordinaria, oscura y laboriosa.



2ª Conferencia “Visión de la Orden para el Siglo XXI”

M. Caterina de Macau

(Esta reflexión es el fruto de la reflexión comunitaria, en base a una reflexión de cada hermana, unificada después en un solo documento)

Nuestra Misión Evangélica

El Evangelio nos habla de los requisitos para el seguimiento de Cristo: La primacía del amor de Dios y la necesidad de amar a Dios en nuestro prójimo. Todo tiene sentido en el amor, cuando Dios ocupa la primacía, incluso un vaso de agua. Estamos llamadas a dar un testimonio privilegiado de su constante búsqueda de Dios, de un único e indivisible amor por Cristo y el hermano y de absoluta dedicación al crecimiento de su reino.

La humanidad se encuentra perdida en una red de contravalores por la falta de cualquier punto real de referencia. Los monjes en comunidad, unidos por el amor de Dios, pueden convertirse en el testigo de que esa adherencia a Cristo, puede realmente unificar sus vidas en Dios, integrando todas sus facultades, purificando sus pensamientos, espiritualizando sus sentidos, en el crisol de su perseverancia. En breve, testimonian que hay esperanza, que hay un sentido y que, en definitiva hay Dios.

“Nos encontramos frente a una llamada a la conversión. Estamos en un momento en que somos llamados a una nueva concienciación de nuestra situación, para buscar las raíces espirituales de nuestros problemas, para reconocer nuestra faltas y hacernos preguntas...Nuestra motivación en la transmisión del Carisma Cisterciense a las nuevas generaciones necesita ser más fuerte que el deseo de comunidades individuales para sobrevivir a la presente situación”.(Cf Conferencia del AG en el CG de 2014)

Encontramos una sólida meditación a esta llamada a la conversión para un mayor compromiso, en la Carta de Pentecostés 2017 de Dom Mauro Lepori, O. Cist:

“Dificultades e infidelidades en la vida Monástica son a menudo el resultado final, a veces trágico, del rechazo a vivir nuestra vocación: aceptando, por Cristo, renunciar a los bienes, afectos, proyectos personales, conveniencias personales, orgullo personal... Cristo no pide otra cosa más que aquello a lo que nos ha llamado: la renuncia a nosotros mismos y a todo por Él. Y eso es lo que repara y reconstruye nuestra casa, nuestra Orden e incluso nuestra sociedad en ruinas...La renuncia en Orden a corresponder al amor de Cristo, no es nunca negativa...porque nos abre al don de la libertad de amor, al ofrecer la vida de uno. Y esa es la verdadera perfección., el cumplimiento de cada vida y cada vocación...Jesús nunca pide nuestra renuncia excepto en Orden a preferirle a Él, el Señor de la Vida...”

Encontramos algunos temas en la Visión Global de la Orden del CG 2002, que aun hoy son relevantes: *“Dios quiere trabajar a través nuestro para que podamos ser la encarnación de su amor en el mundo de hoy” Dios quiere estar presente en el mundo, en y por medio de nosotros. ¿Cómo nos dejamos utilizar por Dios en este momento de la historia? ¿Somos conscientes de nuestra misión? ¿Cómo estamos encarnando el amor de Dios en nuestras comunidades? ¿Cómo comunicamos ese amor a aquellos que nos rodean?*

En *Vultum Dei Quaerere* la Iglesia nos dice lo que se espera de una Orden Contemplativa:

“Sed luz para aquellos cerca de vosotros y sobre todo para los que están lejos.

Sed antorchas para guiar a hombres y mujeres a lo largo de su viaje por la larga noche del tiempo.

Muéstranos al UNO que es el Camino y la Verdad y la Vida, el Señor, que solo él nos trae cumplimiento y otorga vida en abundancia. (8)

...Que vuestras comunidades lleguen a ser verdaderas escuelas de contemplación y oración. El mundo y vuestras comunidades necesitan ser fanales de luz para el viaje de hombres y mujeres de nuestro tiempo. Este debería ser vuestro testimonio profético” (36)

Nuestra visión empieza desde nuestra realidad

En este tiempo de globalización, cuando la cultura y el relativismo se convierten en la globalización de la indiferencia, la unidad de la familia se hace casi imposible. Muchos jóvenes sufren la ausencia de vida familiar y de valores. Hay hambre de compañía, amor, atención, misericordia y respeto. Se vive hoy en un mundo de competición que lleva a los jóvenes al desprecio. No saben quienes son ni porqué están viviendo. Buscan el sentido de sus vidas y el deseo de ver la belleza de la unidad y el amor; de encontrar alguien realmente creíble, que hace lo que dice, una persona integrada en la que pueden confiar y a la que puedan seguir.

En medio de esta cultura estamos llamados a encarnar el humanismo Cristiano y ser auténtica familia de Dios, testigos vivos de Jesús para el otro. Somos hermanos y hermanas, nos pertenecemos unos a otros, a la comunidad. Nos apoyamos unos a otros para que la voluntad de Dios pueda ser hecha en cada uno de nosotros. Recordamos al otro el vivir en el camino de santidad, especialmente en la obediencia de la fe, como un concreto modo de vida. Nuestra vida está hecha de muchas opciones y ya seamos conscientes o no, porque somos un Cuerpo, nuestras opciones tienen un impacto en los otros. Aprendemos juntos la solidaridad, darse espacio unos a otros, tener compasión, aprender de nuestros errores. Pero en la escuela del Divino Servicio, también aprendemos que servir no es suficiente, o tener el trabajo hecho. Hemos sido creados para vivir en relación, para vivir como Iglesia. No basta que recemos el Oficio Divino siete veces al día como hijos e hijas de Dios. Nos quiere que vivamos la “Filiación” de Cristo de un modo concreto, a través de la presencia de un vicario de Cristo, un padre/madre espiritual que nos da la oportunidad de obedecer y nos reta a crecer. La obediencia filial no es solo una manera de hacer lo que se manda sino que es lo que nos permite entrar en la vida de Dios y su plan de redención: Comunión con Él y con toda la humanidad.

Nuestra realidad

En Macao, somos una comunidad “sin techo”. Cuando las noticias de que nuestra petición al gobierno local para la concesión de una tierra había sido denegada, humanamente hablando nos sentimos abatidas. Pero el obispo que nos trajo la noticia, con una gran preocupación y misericordia, se hizo presencia real de Cristo para nosotras. “¡No se preocupen! Pueden continuar usando el lugar donde están mientras lo necesiten. Les prometo encontrar un lugar para su futuro monasterio”. En respuesta nuestra Superiora dijo: “Hemos encontrado nuestra estabilidad en el corazón de nuestro obispo” Al mismo tiempo el obispo nos dijo que no nos atásemos demasiado a este lugar porque no era lo suficientemente grande, aunque esa no era la razón de que rehusáramos nuevas vocaciones. No hay amor sin sacrificio.

Renovamos nuestro compromiso a permanecer aquí donde nos sentíamos enraizadas: En la voluntad de Dios, sin conocer nuestro futuro. Pero, ¿No es esa la situación de cada comunidad y cada persona? No tenemos permanente hogar en este mundo. Somos ciudadanos del cielo, caminando hacia la casa del Padre.

En tiempos en que dependíamos de la agricultura, los monasterios necesitaban amplias propiedades. En la era industrial se convirtieron en un lujo, en un problema.

La arquitectura sagrada es parte de nuestro carisma y herencia. Pero cuando pedimos una pequeña parcela de tierra, una de las objeciones era: ¿Por qué necesitan tanto espacio, tantas habitaciones grandes para solo 20 personas, cuando otras 10 viven en un pequeño apartamento?

En este momento de la historia cuando hay tantos refugiados sin techo, estamos bendecidas con este pequeño y precioso lugar. Vivimos en una sociedad rica, pero en solidaridad con los más pobres: sin tierras, sin propiedades, con pequeños ingresos, en una casa alquilada, sin espacio suficiente para una “habitual” comunidad Trapense. Somos misioneras en un país que rehusa permiso para concesiones de tierras para propósitos religiosos. Nuestras hermanas en Rosario están aun en peores condiciones. Hay restricciones similares en otros países de nuestra región y quizás habrá más en la secularizada

sociedad occidental. Otras comunidades viven en áreas amenazadas por la violencia. Ya no son una excepción.

La vida en el mundo de hoy no es segura. ¿Cómo podemos pedir una seguridad que otros no tienen? Quizás la Orden se ha hecho muy estable, demasiado cómoda, demasiado segura, demasiado rica en propiedades, y el Señor nos despierta para una nueva concienciación.

Mirada profética

Nuestra experiencia nos enseña a vivir con una mirada profética sobre nuestra realidad. Llegamos a entender que no existe un monasterio ideal, en el mundo de hoy. Vivimos en un moderno desierto: Vida solitaria, integralmente dedicada a la contemplación, en medio de la ciudad y sus ruidos, donde vive la gente, lucha y sufre, como un signo de que Dios está muy cerca de la gente de nuestra ciudad.

Por ello lo importante no es el lugar. El “lugar” donde vivimos está en nuestra comunidad como Cuerpo de Cristo, el Reino ya presente en medio de nosotros. Por ello más que edificios de diseño, necesitamos construir una vida comunitaria por medio de la conversión, lucha y muerte a uno mismo. Necesitamos incluso renunciar a nuestro deseo de un monasterio rodeado por la belleza de la naturaleza en Orden a seguir a Cristo. Creemos que nuestro concepto de misión vencerá todas las crisis que tengamos que afrontar. Si verdaderamente amamos a Cristo, no podemos evitar el sufrimiento. Esta es nuestra participación en el sacrificio por la salvación de la humanidad. Jesús nunca prometió librarnos del sufrimiento, sino al contrario, nos invita a tomar nuestra cruz. Está aquí acompañándonos en nuestros sufrimientos y luchas. No tenemos que estar asustadas por nuestras fragilidades y debilidades.

Lo que la Iglesia nos pide como contemplativas es ser testigos vivos de la presencia del Dios vivo, ser expertos de comunión que mantiene viva los temas de la vida humana. En la Escuela del Servicio del Señor, aprendemos cada día por nuestra oración y lectio como podemos ser instrumentos del Verbo de Dios. Prestamos nuestra voz para rezar los salmos, para dejar que Jesús ore al Padre a través de nuestros labios. La Palabra de Dios nos educa 7 veces al día. En nuestro trabajo, también prestamos nuestra mente, corazón y cuerpo en obediencia para permitir a Jesús cumplir la voluntad del Padre en nosotros. Aprendemos de Jesús como agradar al Padre y como ser auténticos seres humanos. Aprendemos a conocerlo más para amarlo más. Pues en la Escuela del Amor, por medio de la lectio y la liturgia, ganamos en un conocimiento que es práctico: EL conocimiento que se convierte en amor. El amor que busca su objeto con vistas a estar unido a él. Nuestro modo de vida predica el evangelio en silencio. **Podemos vivirlo en cualquier lugar.**

Nuestra misión en la Iglesia es vivir y transmitir el carisma Benedictino de humildad y obediencia, como entendido y vivido por los Padres Cistercienses, como una senda concreta hacia la unión mística con Dios, en la Escuela del Amor. (Documento de Trabajo del Padre Inmediato en 2017)

Para eso “Necesitamos gente y comunidades que se vuelvan a dedicar al sendero de la conversión, una “conversión de costumbres” que responda día a día con alegría a la petición de dejar todo por Cristo” (Lepori)

Cada año miles de personas visitan nuestra iglesia que es también la última estación de la procesión diocesana anual de Nuestra Señora de Fátima. Creemos que nuestra vida, nuestro futuro, el futuro de la Orden y del mundo está en manos de María, Estrella de la Esperanza. Así nuestra visión es la visión de la esperanza viviendo en nuestra realidad, abrazando nuestra vocación y misión aquí y ahora por la gloria de Dios y la salvación de la raza humana.

3ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

Dom Etienne de Koutaba

1- Mi visión personal y actual de la Orden creo que es pobre, por la simple razón de que tengo una experiencia igualmente pobre como joven monje y joven superior. En África y en otros lugares también, los proverbios transmiten la enseñanza de que la sabiduría habita en el corazón del anciano. Es él quien guarda el secreto de la tradición, es decir, la transmisión de valores perennes que merecen ser protegidos contra la tormenta de modas pasajeras. Por lo tanto, están inclinados a preservar y proteger la memoria vital de la familia y de la tribu, y los jóvenes deben hacerla crecer: el problema es la relación con esta memoria y el conflicto de interpretación generacional e ideológico. Este conflicto va mucho más allá de la oposición entre jóvenes y ancianos, y abarca otros muchos aspectos, como los de los ricos y los pobres, los cerrados de mentalidad y los abiertos, etc. La historia de la Iglesia y la de la Orden, se escribe en el contexto de este tipo de oposición, que al final puede parecer artificial. Pero, sin embargo, expresan una verdadera dificultad cuando se trata de tener en cuenta lo que Dom Armand llamó «la mediación cultural de la experiencia religiosa».¹

2. Esta dificultad es la de ser capaz de convertirse en ese escriba que extrae lo nuevo de lo viejo, y no al revés, de un modo auténtico. ¡Arte difícil y delicado! Pero la Orden se ha puesto en marcha con aciertos diversos en varios campos como: la liturgia, las observancias, la formación, las estructuras organizativas. Todo esto impulsado por la necesidad de un pluralismo sano que da a las comunidades la oportunidad de beber de la fuente cisterciense con moldes culturales propios. Esta fuente es el ideal de una vida enteramente contemplativa en un clima de auténtica comunión fraterna a la luz de la Regla de San Benito y las enseñanzas de los Padres Cistercienses. Cuando los requerimientos de tantas fragilidades estructurales, personales y comunitarias son imperiosos, el problema seguirá siendo, a pesar de innegables conquistas, la autenticidad de respuestas o soluciones ya dadas o que se elaboran dentro de una Orden íntegramente contemplativa, viviendo en una Iglesia que ahora quiere ser plena y vigorosamente misionera.

3. Se dice que uno de los dones de la juventud es el sentido de la autenticidad. ¡A los jóvenes no les gustaría la falsificación o la traición no reconocida de un ideal defendido y proclamado con énfasis! Viendo la evolución actual de la Orden, parece que la inautenticidad es más o menos evidente: «Nos hemos permitido crear una situación en la que ya no asumimos los sacrificios exigidos por una estricta separación del exterior, pero seguimos aceptando las ventajas, cuando no las reivindicamos.»² ¿Deberíamos revisar nuestro calificativo de 'estricta observancia'? ¡Bastantes observancias ya no son tan estrictas! De hecho, estamos divididos entre la demonización o la exaltación de la cultura, cuyos elementos sustanciales están arraigados en el tiempo, en nuestro tiempo. Buscamos el equilibrio perdido entre valores carismáticos, persona-comunidad, soledad-comunión, silencio-palabra, etc. En vista de la relajación, a menudo excesiva, de ciertas observancias actuales, Dom André Louf afirmó que "hoy es necesaria una reflexión profunda sobre el vínculo entre silencio e interioridad."³ El clamor de ciertas fragilidades / precariedades, no facilita la tensión contemplativa fecunda de estos valores, en cuyo crisol se formó "el humanismo escatológico" de nuestros padres. Esto implica una relación más profunda y renovada pero menos ambigua con la Memoria, en este "giro antropológico" de nuestro tiempo, cuya fantasía y proezas biotecnológicas proclaman lo obsoleto del hombre. Nuestros padres cistercienses promovieron con su humanismo, la libertad de crear una subcultura que los preservara, tanto del rechazo apasionado, como de la aprobación idolátrica de la cultura de su tiempo. Michael Casey cree que "necesitamos una distancia adecuada para desarrollar una libertad que nos permita

¹ Vidas consagradas n°2, Abril-Mayo-Junio, 2015, pp.128-141

² Hna. Collette Friedland, citado por sr. Marie-Pascale Ducrocq, art. "¿Qué futuro para la vida contemplativa?", Vidas consagradas, n° 3 julio-agosto 2012, pág. 200

³ La O.C.S.O. en el siglo XX, Vol.2, P.206

crear una subcultura propia.”⁴ ¿Y por qué la Orden no debería crear un espacio y un programa académico de formación y, por tanto de asimilación y transmisión intelectual coherente de esta subcultura, en lugar de que este esfuerzo se quede como algo más o menos marginal o regional?

4. En África, el crecimiento de la Orden es numéricamente evidente. Sin embargo, su calidad contemplativa es puesta a prueba por muchos factores internos y externos, dependientes de un contexto cultural, socioeconómico, político y religioso marcado por importantes contravalores evangélicos. Pero los agentes patógenos de estos contravalores no son sólo «naturales», sino que también están ligados a la expoliación económica, a la dominación política del continente y, confesémoslo, a su «empobrecimiento antropológico». La combinación de estos factores que influyen en la conducta, alimentando el gusto por el conflicto y el poder en las comunidades, socava la autenticidad de la transmisión de los valores monásticos, y oscurece la originalidad, la diferencia africana, que podría enriquecer otras comunidades, pero que una excesiva occidentalización de la vida monástica podría subestimar o incluso despreciar. Las comunidades africanas deberían tener más libertad para la creatividad en la búsqueda prudente y al mismo tiempo audaz, de fondos económicos y de actividades productivas conducentes a dar viabilidad a sus economías. Lo que está en juego es la atenuación de un ascetismo involuntario, y a veces humillante, de la mendicidad permanente. Se dice que no hay dignidad en aquellos que esperan todo de los demás.

5. La viabilidad de las economías monásticas en África no sólo dará una nobleza evangélica a la pobreza monástica por medio del compartir, sino que sin duda cambiará la problemática de los Padres Inmediatos en nuestra región y tal vez en otros lugares, si esta estructura, más allá de las posibles acomodaciones futuras, está respaldada por el poder de este provechoso "dinero engañoso". Para nuestras propias comunidades existe el desafío de profundizar y mantener la tensión contemplativa a menudo desequilibrada -y con razón- entre ciertos valores del carisma monástico cisterciense.

6. Esta tensión contemplativa se vive en la alianza entre el sueño y la profecía, de la que habló el Papa Francisco, que tiene la virtud de arrancarnos de la obsesión de una simple estrategia o psicología de la supervivencia de las comunidades. Pues «la psicología de la supervivencia priva de fuerza a nuestros carismas, porque nos lleva a «domesticarlos», privándolos de la fuerza creadora original; ésta hace que prefiramos proteger los espacios, edificios o estructuras antes que favorecer nuevos procesos. La tentación de la supervivencia nos hace olvidar la gracia, nos hace profesionales de lo sagrado, no padres, madres o hermanos de la esperanza de la que fuimos llamados a ser profetas. Este clima de supervivencia endureció el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar, esterilizando así la profecía que los jóvenes están llamados a anunciar y realizar.”⁵

7- La Iglesia, la Orden, las comunidades, necesitan testigos esforzados en recoger de la fuente de los padres, la profecía y no solo la fantasía; son testigos carismáticos, pero no avasalladores. Somos quizá cada vez más pobres en general, y especialmente en África, donde la juventud, más numerosa, tal vez todavía no está suficientemente impregnada de la sabiduría monástica. Las almas bien nacidas... no transitan las arterias de los claustros, para ver que su riqueza y su sabiduría no corresponden con su edad. ¡Esto no significa que los otros sean mal nacidos! Ellas tan sólo aguantan aún, entre pruebas humanas, sociales y espirituales, pero también ideológicas, el largo trabajo de un parto que se prolonga. Lo peor a evitar es que la Iglesia, la Orden, las Regiones y las comunidades lleguen a vivir de sus propias promesas más que de la Promesa, de la que las Bienaventuranzas evangélicas marcan el rumbo a seguir. Vivir de la Promesa supone una profunda obediencia de fe, que sufre una cura adelgazante frente a este pulpo con mil tentáculos que es el individualismo personal o colectivo, alimentando el culto grotesco del ego. Los redactores del documento de trabajo sobre "la situación actual del padre inmediato" afirman que “debemos admitir que la influencia del pensamiento y la cultura modernos ha debilitado nuestra visión de Fe en lo concerniente a la autoridad de Cristo presente en la Iglesia y la Orden, creando confusión sobre el significado de la obediencia monástica, tanto para el individuo como para las comunidades.” Para esta cuestión, como para tantas otras relativas a las relaciones entre las personas y / o comunidades entre sí y con la autoridad, todo parece

⁴ Art. 'Un Decálogo benedictino', *Collectanea Cisterciensia* 73 (2011) 305-320

⁵ Homilía, 2 de febrero de 2017, *Día Mundial de la Vida Consagrada*.

suceder a menudo como si la parte fuera superior al todo, como si el espacio fuera superior al tiempo, y como si el tiempo fuera mayor que la eternidad. Al gozar de una inmanencia recíproca, no se trata en realidad de que entre estos elementos exista una superioridad de grado, sino de naturaleza, que nuestra 'conversatio' en todo tiempo hace resaltar humildemente.

8. Estas dificultades reales no impiden una visión de fe sobre el futuro de la Orden. No se trata de hacer de profeta de calamidades, ni de hacer profecías vulgares o demasiado pesimistas, sino de entrar en un camino de obediencia multiforme; la obediencia carismática siempre es una opción de vida en el Espíritu, y más aún, una opción de vida contemplativa. El Cristo resucitado ya no muere, y es Él quien sin embargo nos permite celebrar diariamente en la fe, con serenidad, los sepelios del yo personal o colectivo que 'muere' para que los otros y nosotros mismos tengamos vida y que la tengamos en abundancia. La obediencia carismática de la que hablo es sinónimo de escucha carismática. Es una escucha del Espíritu y en el Espíritu, siempre polifónica, es decir, respetando y valorando la sinfonía de las diferencias personales y comunitarias. Sólo el Espíritu Santo es el creador del futuro. Nos da el don del futuro allí donde la conversión de las estructuras no ignora la verdadera conversión de los corazones; allí donde el cuidado por la organización no endurece el corazón ni la mente y no enturbia nuestra propia fuente.



4ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

M. Mariela de Quilvo

Queridos Padres y Madres Capitulares, podríamos enumerar diversos factores que afectan nuestro tiempo y que podrían tener incidencia sobre una visión del futuro...los medios de comunicación moderna, la ideología de la identidad de género, los fundamentalismos extremos, la pérdida de credibilidad de la Iglesia, a causa de los escándalos sexuales, el fenómeno de la inmigración...creo que todos somos testigos de esta transformación multicultural, y no podemos quedarnos afuera.

"Genealogía de Jesucristo hijo de..." (Mt 1, 1-17)

La pregunta sobre el futuro de la Orden para mí es una pregunta sobre la **"transmisión de la vida"** y sobre el **"presente"**. El futuro son los "hijos", "Que veas a los hijos de tus hijos", reza el salmo...

Antes de entrar en el monasterio, cuando era catequista de la parroquia escuché a un sacerdote que daba charlas de preparación al sacramento del Matrimonio esta frase: "se comienza a educar a sus hijos 20 años antes de que nazcan". Esta frase me impactó y quedó en mi corazón. Aquella primera vez que la escuché, inmediatamente pensé ellos serán lo que yo soy ahora, pensé en la responsabilidad...al ser invitada a decir unas palabras sobre la visión de la Orden en el siglo XXI este pensamiento se hizo intenso en mí.

Digo transmisión de la vida porque el tiempo, el pasado, el presente y el futuro en la Biblia se expresan en linajes de familias, en genealogías, historias humanas reales en donde lo importantes es que Dios interviene, interactúa con los hombres frágiles y pecadores, teje la historia con los hilos de su designio de amor. Por eso la historia no es una suma de hechos relacionados entre sí, la historia es Dios que interviene que **da una promesa y una bendición**. La promesa y la bendición se transmiten por la misma transmisión de la vida, por la generación. La historia para la Biblia es una cadena de generaciones, de personas que han heredado la bendición divina y que tienen que conservarla y transmitirla a sus descendientes.

El hecho fundamental en la transmisión de la promesa y la bendición es la generación. Aquí la palabra clave es el verbo "engendrar", el verbo de la tradición judía. Este verbo enlaza una vida con otra, personas, pueblos, es unificador y garante de la transmisión auténtica de la promesa. Pero el verbo engendrar no significa solo comunicación de vida humana, sino ante todo y como valor fundamental en la Sagrada Escritura significa, transmisión de la bendición divina. La generación para transmitir la bendición no es necesariamente carnal, puede ser espiritual o de adopción. Lo importante es la participación en la bendición y el sentido de pertenencia, "se es hijo de". ¿Y a ti quien te ha engendrado en la fe, en la vida monástica?

Es impresionante como la Sagrada Escritura presenta a las personas a través de una genealogía, que lo conecta con un origen, del cual recibe un rostro.

La identidad no se inventa, uno no se la da a sí mismo la recibe. Desde el ámbito biológico sabemos, en el mismo acto de ser engendrado, de ser llamado a la vida uno recibe un ADN un código genético único e irrepetible, que en potencia contiene la todo lo que la persona será, este ácido contiene, además, los datos genéticos que serán hereditarios, o sea que se transmitirán de una persona a otra.

Lo mismo pasa con la bendición del carisma monástico cisterciense, con su ADN, que desde que el Espíritu lo sopló en la Iglesia corre por la sangre de generaciones y generaciones de monjes hasta ahora, nos muestra que el futuro está en el hoy... y si nos aplicamos la frase de aquel buen cura..."uno empieza a educar a los hijos 20 años antes de que nazcan", podemos sacar nuestras conclusiones y captar un gran desafío de conversión de la paternidad y maternidad espiritual que nos permita conectar con origen y lanzarnos a un destino.

Las analogías valen, en un mundo anti natalidad, lleno de los métodos más insólitos de anticoncepción...tenemos también una filtración de esta mentalidad en nuestra vida espiritual. Gestar

un hijo implica tiempo de espera, el trauma del parto, el corte del cordón umbilical....nos cuesta ser padres, resistimos, tal vez porque ha habido abusos en el ejercicio de la paternidad, transformándola en poder que denigra al otro incluso hasta lo inmoral; entonces el miedo es grande, abdicamos de nuestra más genuina tradición monástica y dejamos de ser *abba* o *amma* para llamarnos “acompañantes espirituales”. O tal vez sea una reacción pendular, una reactividad ante la figura del padre autoritario de décadas atrás a la del moderno padre ausente...

En un mundo que vive una **orfandad existencial tremenda**, no solo por la desintegración de la familia, o por la desintegración de todo aquello que implique un arraigo, sino también por la caída de todas aquellas certezas que dan sentido y forma a la vida, el hambre y el clamor de paternidad es grande, tal vez es otra manera de decir hambre de sentido, de trascendencia, origen y destino eterno.

La tradición monástica de **paternidad y filiación es un punto de luz**, una gran respuesta en un mundo empobrecido de raíces, y por tanto de identidad...a mí siempre me ha impresionado que la relación entre la Casa de la Orden según la Carta de Caridad sea tan fuerte que la revestimos que se plasme en una jurídica (const. 73) expresada en paternidad y filiación. Expresamos así lo que somos, es la manera como nuestra orden se vincula entre sí Pensemos en nuestro linaje monástico... ¿cómo es la genealogía de tu monasterio?

Pero no se trata ni de **paternalismos, ni maternalismos**: tampoco de una neutralidad aséptica o de una visión psicologizante en donde no queremos mancharnos con una dependencia afectiva, que infantiliza una relación. Se trata de la paternidad y maternidad espiritual y carismática.

De cómo es Jesús, de cómo podemos conocerlo en el Evangelio podemos entender como **es la paternidad de Dios** a la cual nosotros estamos llamados a ser espejo. Jesús, él Hijo, es la persona verdaderamente libre, que da sin miedo, ni cálculo; el que aun siendo hijo aprendió a través del sufrimiento a obedecer. Esto es importante, Nosotros debemos ser instrumentos de la paternidad de Dios, querer las personas “hacia Dios”, y no caer en la trampa de las gratificaciones, poder dar un paso más allá de la sola reciprocidad. El sacrificio de Isaac nos libera y nos purifica de toda visión distorsionada de la paternidad.

“Vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones”.(Joel 3,1)

Quisiera en este punto referirme a la homilía del papa Francisco en la fiesta de la Presentación del Señor XXI Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2017; en esta homilía cita la profecía de Joel 3,1 *“Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos e hijas profetizaran, vuestros ancianos tendrán sueños y visiones”*.

Hemos recibido la herencia que nuestros padres y madres de ayer y de hoy, somos hijos de su entrega cotidiana y constante, de su alabanza hecha carne, hemos recibido *sus sueños y visiones* y sabemos gracias a ellos, que son nuestra garantía “que la esperanza no falla”, que “El no defrauda”.

Sueño y profecía van juntos. Memoria de cómo soñaron nuestros ancianos, nuestros padres y madres y audacia para llevar adelante, proféticamente, ese sueño. **Memoria y profecía van juntos, tal vez solo en este enlace hay una verdadera transmisión, un verdadero engendrar.**

Esta actitud nos hará fecundos (porque nos toca a todos en la Comunidad no solo a quien tiene el encargo directo de la formación), pero sobre todo nos protegerá de **la tentación de la supervivencia**, que puede hacer estéril nuestra vida consagrada. Un mal que puede instalarse poco a poco en nuestro interior, en el seno de nuestras comunidades. La actitud de supervivencia nos vuelve reaccionarios, miedosos, nos va encerrando lenta y silenciosamente en nuestras casas y en nuestros esquemas.

Es un tema candente para nosotros que ya desde algún tiempo estamos en una reflexión sobre la fragilidad de nuestras Casas. Debemos discernir cuando cierta manera de simplificar estructuras puede ser simplemente pegarnos a un esquema de supervivencia. Nos proyecta hacia atrás, hacia las hazañas gloriosas —pero pasadas— que, lejos de despertar **la creatividad profética** nacida de los sueños de nuestros fundadores, busca atajos para evadir los desafíos que hoy golpean nuestras puertas.

Dice el papa Francisco que **la mentalidad de la supervivencia** le roba fuerza a nuestro carisma, porque nos lleva a domesticarlo, succionándole la fuerza creativa que el mismo Espíritu le sopló en el principio; nos hace proteger esquemas, espacios, edificios, estructuras más que **facilitar nuevos procesos**. La tentación de la supervivencia nos hace olvidar la gracia y nos deja rancios, profesionales de lo sagrado pero no padres, ni madres de la esperanza a la que hemos sido llamados a profetizar.

Ese ambiente de supervivencia seca el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar y, de esta manera, esteriliza la profecía que los más jóvenes están llamados a anunciar y realizar. En pocas palabras, la tentación de la supervivencia transforma en peligro, en amenaza, en obstáculo, lo que el Señor nos presenta como una puerta de vida.

En Resumen.

De todo lo que se puede decir, para mí, la visión del futuro de la Orden en el siglo XXI, esta en:

- **Vuelta al carisma de la paternidad y maternidad Espiritual.** Falta de vocaciones falta de paternidad espiritual parecieran estar vinculadas en una cierta medida.
- **el desafío de la memoria y profecía.** Riesgo de confianza en las profecías de los más jóvenes; profetizaran y seguro algunas veces se equivocarían, dejarlos que profetizen y abran camino hacia los nuevos tiempos. Creer en la memoria de los ancianos que nos conectan con nuestras raíces y nos dan identidad. Aquí también hay un desafío de una **nueva inculturación** en nuestras comunidades, si acaso se puede decir, en donde el acento se desplaza, ya no hablamos tanto de fundadores y fundados, sino a la relación de los mayores y los jóvenes. El mundo es global, en una misma comunidad hay una riqueza étnica y cultural enorme. Cómo integramos a los mayores con los más jóvenes, Cómo vivimos este aspecto generativo de la comunidad en donde la paternidad y la filiación tienen un doble sentido, no solo del mayor al más joven, sino al revés del más joven al mayor, somos hijos y padres unos de otros.

“Te colmaré de bendiciones y multiplicaré tanto tus descendientes, que serán tan numerosos como las estrellas del cielo o como la arena que hay a orillas del mar. (...) Y porque has obedecido a mi voz, todos los pueblos de la tierra serán bendecidos a través de tu descendencia”. (Génesis 22,17-18)



5ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

Dom Erik de Mt St Bernard

VISIÓN

La carta de invitación a realizar esta presentación contenía la siguiente instrucción: "escriba una ponencia [...] acerca de su visión de la Orden para el siglo XXI". El pronombre se encontraba subrayado. Conforme a lo solicitado hablaré en términos subjetivos y a partir de mi marco de referencia. Esta es la tarea asignada. Mi tema es, entonces, una visión de la Orden para el siglo XXI, y no una visión para la Orden del siglo XXI. Entiendo por esto que debo reflexionar acerca de lo que veo cuando miro la Orden. Tiene sentido. Cualquier visión futura depende de una evaluación del *status quo*. Para ello, debemos hablar, y escucharnos los unos a los otros. Una visión implica un punto de vista. En esta asamblea, soy un trabajador de la onceava hora. Muchos de vosotros, tal vez la mayoría, habéis ingresado a la vida monástica antes de mi nacimiento. Vosotros podéis reconocer patrones y derroteros de un proceso que yo no percibo. De vosotros tengo mucho que aprender. Lo que yo sí puedo hacer, me parece, es ofrecer otro tipo de retrospectiva, la visión de quien ha llegado más recientemente respecto de aquello que le ha sido transmitido. Lo hago con un sentimiento de gratitud, pero también de perplejidad. La perplejidad surge de aquello que interpreto como una crisis de transmisión y acerca de ella quisiera reflexionar con vosotros.

Cuando ingresé al monasterio en el año 2002, era consciente de entrar a un fluir de vida continua. No era menos consciente de ingresar a una historia de rupturas. Estas eran referidas cotidianamente a modo de anécdota. La mayoría de los aspectos de la observancia y la liturgia eran comparados con tiempos pasados, los cuales para algunos, según colegía, representaban una etapa primitiva de la evolución monástica, cuando la ley no había sido aún temperada por la gracia; otros, en cambio, veían esos tiempos como un Edén perdido, clausurado por espadas flamígeras. Cualquiera fuese la carga emocional investida en el "ahora" y el "entonces", la brecha era evidente. El decreto de unificación había alterado la estructura de la comunidad; la redefinición del silencio junto con el abandono de los dormitorios comunes y el escritorio habían afectado la índole de las relaciones fraternas; la vida litúrgica había sido comprehensivamente reimaginada; posiciones teológicas cambiantes habían transformado la naturaleza misma de la vida cisterciense. Muchas personas habían ido y venido, y no sólo entre los novicios y profesos temporales. Desde 1950, mi comunidad ha presenciado 60 profesiones solemnes. En ese mismo período, 30 profesos solemnes abandonaron la vida monástica. Hasta la topografía del monasterio resulta elocuente en este sentido: prácticamente ningún espacio sirve el mismo propósito que hace 50 años. Para un novicio semejante cambio de época era desconcertante. En medio de tal convulsión, ¿cuáles eran las líneas de continuidad que realmente importaban? Mucho de lo que era presentado como "tradicción" en verdad no se remontaba mucho más allá de tensas reuniones de comunidad durante los años 60, que encontraban a los hermanos divididos en mitades enfrentadas, y en las que se introducían cambios con carácter *ad experimentum* para aplacar los ánimos lastimados de los opositores.

Dicho esto, quisiera ser claro: no estoy intentando introducir una artificial (y fastidiosa) dicotomía entre catolicismo pre y posconciliar. Menos aún quisiera situarme dentro de un arco conservador-progresista. A punto de tropezar en el umbral de la "impasible" media edad, estoy demasiado entrado en años para ser seducido por una nostalgia romántica que aquejaría a la juventud hodierna. Me parece que lo que nos afecta es un núcleo de problemas que es más cultural que teológico. Resuena en mi memoria el relato periodístico de la vida monástica de los años 60 realizado por un monje inglés. Decía que el Espíritu que en aquel entonces renovaba todas las cosas actuaba "como un misil balístico". A fuer de exagerada, la comparación refleja el humor sentido por muchos en aquel entonces. Un misil deja un gran vacío detrás de sí. Este vacío trae consigo posibilidades que en ese entonces dieron lugar a vastos esfuerzos creativos. Los mismos estuvieron teñidos por su tiempo, un tiempo excepcional, en la esperanza de que la antigua tradición hablara un lenguaje contemporáneo. Obras duraderas fueron llevadas a cabo en el ámbito de las relaciones humanas, de la vida espiritual e

intelectual. Pero algunos ajustes han comenzado a mostrar su desgaste. Muchos textos, tonos musicales, diseños interiores y declaraciones comunitarias que entonces podían haber parecido “relevantes” hoy día presentan una conmovedora vetustez, cual si fueran monumentos a lo efímero. Si aún sobreviven entre nosotros, se debe en modo no menor al hecho de que por medio siglo nuestro reclutamiento vocacional ha sido, en el mejor de los casos, esporádico: así, dentro de nuestro microcosmos, las sensibilidades han podido permanecer bastante constantes. Además, formas ligadas a su época han perdurado en razón del titánico esfuerzo necesario para llevarlas a cabo. Ya había en mi monasterio, al momento en el que la televisión en color triunfaba en los hogares, un agudo cansancio creativo. Los hermanos estaban mareados con el cambio, fatigados de la conversación sobre el cambio, heridos por los conflictos causados por el cambio. Ellos querían que las cosas permanecieran como estaban. A mi ingreso al monasterio encontré una ansiedad que era palpable. El mensaje era claro: “¡No toquen nada, no sea que las Furias se despierten nuevamente!”

Aprecio el bien que trajo aparejado el *aggiornamento*: la revisión de usos excesivamente meticulosos, el abandono de redundancias litúrgicas, el estrechamiento de los vínculos fraternos, la promoción de una sana conversación, la divulgación de nuestro patrimonio literario. La intención de renovar nuestra vida, como signo de los tiempos, me admira. Sin embargo, las promesas de una nueva primavera han quedado, para muchos de nosotros, incumplidas. Nos encontramos en una situación que es decididamente otoñal. Hay razones complejas para ello, pero en cualquier caso hay preguntas que debemos hacernos dado el alcance de la reforma en cuya estela aún navegamos. ¿Cuáles de sus logros son caducos, cuáles son perennes? ¿De qué modo esta empresa bendecida pero trabajosa, a veces eufórica y atormentada, se sitúa dentro de un relato de identidad compartida? ¿En qué nos hemos convertido? Soy consciente de que, para algunos, estas preguntas pueden parecer una provocación directa. Pero no las hago con ánimo provocatorio, menos aún ofensivo. Las hago porque necesitan una respuesta. Cuando considero nuestra herencia, me siento francamente abrumado por un paradigma interpretativo que no puedo seguir porque descansa, en última instancia, en una experiencia no-compartible: el haber estado allí en ese momento. La última generación que sí estuvo allí está saliendo de escena con elegancia. ¿De qué modo las generaciones posteriores podemos realizar nuestro regreso *ad fontes* al efecto de llevar nuestro carisma al futuro? Para mí, esta es una preocupación práctica candente. Teniendo esto presente, quisiera presentarles algunos pensamientos acerca de lo que me impresiona cuando miro aquello que me ha sido transmitido.

A. En primer lugar, percibo un pasaje del idealismo al pragmatismo. El monasticismo, como otras instituciones, se definió a sí mismo a mediados del siglo 19 a partir de primeros principios rigurosos que moldearon tanto los fenómenos materiales cuanto la experiencia misma. Luego de un siglo entero de absolutismos esta aproximación se volvió indigerible tanto en el claustro como fuera de él. En línea con este contrapaso, una comunidad como la mía, al reflexionar sobre sí misma, comenzó a hacerse esta suerte de preguntas: ¿Qué sale al encuentro de nuestras necesidades? ¿Qué está a nuestro alcance? ¿Qué nos sirve de ayuda? Estas eran, en su momento, preguntas oportunas. Sin embargo, cuanto más protagonismo ellas adquieren hoy, más vago se vuelve nuestro sentido de finalidad. Atrapados en la situación presente podemos perder el sentido de la dirección hacia la que estamos encaminados.

B. Esto me lleva a una segunda observación sobre el cambio de referencias, el pasaje de criterios objetivos a subjetivos. Un hermano solía repetir lo que su maestro de novicios le dijera a fines de los años 40: “¡Observa la Regla y al Cielo irás!” El refrán causaba hilaridad destinado como estaba a evidenciar un legalismo primitivo consistente en rúbricas y reglamentos. Por el contrario, a nosotros se nos decía que beneficiábamos de la libertad carismática de escuchar al Espíritu. Comparto esta expectativa pentecostal, pero una paradoja me desconcierta: ¿Cuándo ocurrió que el Espíritu y la Regla comenzaron a estar en oposición? Semejante relato de discontinuidad presenta problemas particulares a la tradición del Císter, la cual ha sido descrita –a mi juicio de modo brillante- como una aspiración a perseguir “el espíritu que sólo la letra auténtica puede liberar”.

C. Como una función de los dos factores mencionados, también reconozco el cambio de énfasis de la praxis a la espiritualidad. Esto se traduce en cuestiones banales. En nuestra comunidad, en este momento nos encontramos empantanados en asuntos relativos a rituales ordinarios: ¿Cuál es el comportamiento adecuado a los lugares regulares y a los ejercicios en comunidad? ¿Cómo nos movemos juntos? Nadie tiene certeza. Por décadas hemos carecido de normas. Había una alergia a los

códigos de conducta; una prevención de no quedar fijado en cuestiones externas sino más bien concentrarse en el espíritu de las mismas. Advierto que este desplazamiento puede corroer una identidad común. Observo también que muchos monjes, los más jóvenes en particular, encuentran nuestra tradición mística y patrística de difícil acceso. Ansían que se les de algo para hacer. No creo que esto surja de un cripto-pelagianismo. Me parece que revela un deseo de una vida integrada que abrace el cuerpo y el alma, un anhelo de ver la unidad emerger de la multiplicidad.

D. Ello manifiesta una tendencia que calificaría de centrífuga. Si me permiten referirme nuevamente a mí comunidad: hemos tenido que trabajar duro para recuperar elementos básicos de la vida común: el capítulo diario, así como la *lectio*, la oración mental, y una cultura de la mesa compartidas. Este trabajo de unificación fue llevado adelante pese a una enraizada tendencia, evidente incluso en la manera en que nuestra abadía se había organizado: nada sucedía en el centro, la vida tenía lugar en la periferia. Ello causó que la vitalidad del *corpus monasterii* se marchitara. Para que la vida floreciera parecía esencial consolidar el núcleo.

El corazón de nuestra vida es Cristo, desde luego. “Caminar desde Cristo” ha sido asumido como un renovado compromiso para la vida consagrada. Esto es maravilloso, siempre que no construyamos nuestro llamado en términos demasiado genéricos, perdiendo de vista la encarnación de Cristo en aquellas formas que nos son peculiares. Grandes esfuerzos han sido realizados para inculturar nuestra vida, aún si esa cultura era simplemente la de nuestra comunidad. Ello también es positivo, en la medida en que estemos advertidos contra las interpretaciones demasiado subjetivas. En el clima contemporáneo, ¿no puede ser riesgoso olvidar que en cada generación la vida monástica es recibida y no creada? Nuestros Padres enfatizaron la expresión externa de valores interiores. Ellos creyeron en el poder de la observancia para promover la identidad y salvaguardar la unidad. Yo percibo que nuestra vida se ha vuelto más amorfa respecto al pasado. Noto que hemos dejado de referirnos con naturalidad a la observancia como “forma”. En cambio, de lo que hablamos mucho es de la necesidad de formación. ¿Pero cómo hemos de formar personas en una forma que es tan elástica al punto de haberse vuelto difusa? El Abad Cuthbert Butler alguna vez hizo la siguiente reflexión sobre la elasticidad de la vida benedictina. Es un “término muy bueno”, concedía, para agregar luego: el elástico, salvo que esté muy gastado, tiende siempre, una vez que la tensión de las fuerzas [externas] cede, a retornar a su condición original, y cuando las fuerzas cesan de operar, regresa a su forma inicial. La elasticidad reside en esta propiedad, ello diferencia el elástico de la masilla.

Mi intuición es que el nuestro es el tiempo de la liberación de esa tensión. Considero que el retorno a la forma es un desafío fundamental, ¡un desafío apasionante y gozoso! Hace 50 años, la Orden era fuertemente consciente de encontrarse inmersa en un período de renovación. Dom J-B Porion O.Cart. refirió un encuentro con un trapense innominado en noviembre de 1967. Lo resumió en los siguientes términos: “Ellos están convencidos de que, a través de una explosión sin precedentes de la gracia, el carisma de los fundadores se ha vuelto tan accesible como la capacidad de conducir un coche”. Nuestra confianza en nosotros mismos es probablemente más modesta hoy día. La tarea, sin embargo, no ha perdido su porte: extraer de nuestro tesoro cosas nuevas y antiguas; construir puentes allí donde la comunicación ha sido interrumpida; encender nuevamente la fe de nuestros Padres en el fin y los medios de la Regla benedictina como un camino seguro de unión a Cristo; afirmar que este proceso de unificación adquiere rasgos de particular hermosura pertenecientes a nuestro patrimonio, el cual no es sólo literario, sino que está compuesto de canto, ritos, arquitectura, agricultura y de un arte de formar una comunión viviente de armonía y belleza, ardientemente contemplativa, “sin discordia en nuestra conducta, [...] a través de una caridad, una regla, y usos comunes”. De este modo estaremos preparados para nuestra misión en la Iglesia. Que nuestra mirada apunte alto, que nuestro anhelo sea profundo, que nuestro horizonte sea fruto de una reflexión esclarecida y hospitalaria. Esta sería mi visión. Pido disculpas por no haber podido expresarla de modo más sucinto.

Conferencia de Dom Mauro Lepori, Abad General O.Cist

Me siento feliz y agradecido de poder volveros a ver por tercera vez en un Capítulo General. Para mí es un momento culminante de otros muchos encuentros entre miembros y comunidades de nuestras Órdenes y dentro de la Familia Cisterciense; encuentros que nos recuerdan siempre la vocación común.

No siempre, es cierto, en la vocación vivida, porque todos estamos siempre en deuda respecto a aquello a lo que Cristo nos llamó, pero atraídos por la llamada de Cristo e impulsados por el Espíritu.

Si alguien o una comunidad dice: "¡Yo vivo bien la vocación!", esto significa que no viven la vocación, porque la vocación nunca es un proceso terminado o alcanzado, si realmente quiere seguir a Cristo que camina delante de nosotros, y no "arrastrarlo" detrás de nosotros como los soldados que lo condujeron a Caifás o Pilato.

Jesús camina libremente delante de nosotros, también en la vida monástica, aunque es una forma de vocación donde se corre fácilmente el riesgo de pensar que el camino ya ha sido fijado desde siempre y para siempre.

A la luz de la percepción que San Pablo tenía de su fidelidad a la vocación recibida de Cristo, creo que debemos reflexionar sobre nuestra vocación y nuestros modos de seguirla:

"Ciertamente, (...) no es que crea que ya soy perfecto; más bien continúo mi carrera por ver si puedo alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí. Por mi parte, hermanos, no creo haberlo conseguido todavía. Sin embargo, olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, al premio al que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús. Así pues, todos los perfectos tengamos estos sentimientos; y si en algo pensáis de otra manera, también eso os lo hará ver Dios. Por lo demás, desde el punto a donde hayamos llegado, sigamos en la misma dirección." (Flp 3,12-16)

Este pensamiento me conforta, porque lo que a menudo nos inquieta es cimentar nuestros planes futuros mirando atrás, hacia el pasado. Tal vez en este sentido, también Cristo nos invita a seguirlo sin mirar atrás (cf. Lc 9,62). Mirar hacia atrás nos impide avanzar, ya sea por un pasado miserable, sembrado de ruinas, o peor aún, por un pasado glorioso, pues un pasado glorioso y halagador nos resulta más difícil dejar de tenerlo a la vista. Y no podemos correr hacia adelante mirando hacia atrás.

Esta vez, vuestra Comisión Preparatoria me envió, a través de vuestro Abad General, un tema a profundizar, a saber: *El Carisma Monástico en el siglo XXI*. Así que también vosotros me invitáis a mirar hacia adelante más que hacia atrás.

Dicho esto, el pasado no deja de tener importancia en nuestro camino. Él nos sostiene como las raíces sostienen al árbol que crece en altura y anchura para abrazar el tiempo y el espacio en tensión hacia el cielo. No debemos mirar atrás, sino *hacer memoria*. Y esto significa que el pasado no debe quedar atrás: debe acompañarnos, debe permanecer en nosotros, debe permanecer vivo en nosotros. Entonces el pasado se convierte en tradición, transmisión, herencia, lo que significa que el pasado puede, a través de nosotros, ir más allá de nosotros,... adelantarnos, pasar más allá de nuestra vida, llegar a ser incluso transmisor de nuestra vida, engendrador. La cuestión por tanto, es ser conscientes hoy de nuestra responsabilidad de engendrar, de nuestra responsabilidad paterna, materna, hacia las generaciones venideras.

El siglo XXI, o incluso el tercer milenio, no es tanto un espacio de tiempo, cuanto *una descendencia*. Dios no prometió tanto un futuro temporal a Abraham y todos los patriarcas y reyes, que era demasiado abstracto para la mentalidad judía, sino un futuro de descendencia, lo cual significa un futuro humano, vital, personal, cultural en el sentido profundo. Y un futuro que depende también del hecho de ser yo vínculo entre mis padres o madres y mis hijos e hijas.

Siempre me siento incómodo cuando veo que el deseo de tener vocaciones en nuestros monasterios, a menudo no es tanto una preocupación por la fecundidad, cuanto el poder mantener en pie la casa, la empresa, el monumento, la propiedad. Es como si quisiéramos vocaciones sólo en función de la estructura, en vez de querer transmitirles la vida, la vocación como vida.

El signo de un deseo de verdadera fecundidad es, incluso en este campo, no olvidar que estamos llamados a una fecundidad virginal que permanece siempre misteriosa, pues sólo pasa por nuestros medios humanos en la medida en que estos medios se ponen al servicio de la obra de Dios, del Espíritu Santo, como María puso a disposición de Dios su cuerpo, alma, espíritu, vida, relaciones; también sus relaciones con José.

La relación virginal con la realidad, permite que Dios actúe como él quiere. Es una apertura de corazón a una fecundidad que no es nuestra, que no comprendemos, y que por lo tanto, es una fecundidad mayor que la nuestra. "Sí, os digo que nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o tierra por mi causa y por el evangelio, recibirá ya en este tiempo, el céntuplo en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones y, en el mundo futuro, la vida eterna. (Mc 10,29-30)

No olvidemos que la fecundidad virginal es más sólida que la fecundidad carnal, pues está libre de condicionamientos inmediatos. Los padres que no tienen hijos, no tendrán descendencia. Por el contrario, nuestra descendencia puede incluso sobrepasar generaciones, puede seguir engendrando después de nuestra muerte, o después de la muerte de una comunidad. ¡Cuántos monasterios cistercienses han muerto y resucitan después de décadas o siglos!

Esta actitud virginal y evangélica de concebir la fecundidad de nuestra vida, de nuestras comunidades, de nuestras órdenes y, en general, de nuestra vocación monástica, es un punto crucial que, en mi opinión, decidirá nuestra vida en las próximas décadas.

Digo "nuestra vida" y no "nuestra supervivencia", porque Cristo no nos prometió sobrevivir, sino resucitar. Pues sobrevivir es muy poco. "¿No hacen lo mismo los publicanos y los paganos?" (Mt 5, 46-47).

Nuestra fe no se basa en la resurrección de Lázaro, de la hija de Jairo y del hijo de la viuda de Naín, sino en la resurrección final de Cristo que, por el bautismo, se ha convertido en nuestra vida eterna. Vivir para sobrevivir es, en el fondo, una opción de muerte, una opción de miedo, que nos hace perder la alegría de vivir, de vivir el hoy como un instante en el que el Dios Eterno nos hace participar en su Ser que es Amor. ¿Puede entonces haber una plenitud de vida mayor que este instante? Y esto, incluso si el momento siguiente tuviera que ser el de mi muerte, o el final de mi comunidad.

Sin esta virginidad evangélica, ¿qué novedad aportaría nuestro Carisma Monástico al mundo de hoy?

El hombre del siglo XXI, habiendo perdido el sentido de la vida eterna, vive para sobrevivir. Todos los programas políticos y sociales y los de las religiones "a la carta", proponen medidas de supervivencia. Supervivencia a la catástrofe ecológica, supervivencia a las enfermedades, supervivencia a la depresión, supervivencia a los accidentes, supervivencia al terrorismo, supervivencia a la invasión de los inmigrantes...

¿Qué propone nuestro carisma a este mundo, a esta cultura de la globalización, del siglo XXI, que encontramos por todas partes en Europa, América, Asia, África y Oceanía?

San Benito insiste mucho en la elección de vida como motivación profunda de nuestra vocación. En el Prólogo de la Regla, la única propaganda vocacional que hace es preguntar como Dios y por lo tanto en el corazón del hombre, si él o ella "quiere la vida y desea ver días felices" (RB Prol. 15), y enseguida responde que, desear la vida significa querer una "vida verdadera y eterna - *veram et perpetuam vitam*" (Prol. 17). Así que no es una vida de ensueño, una mera supervivencia o, sobre todo, una vida cómoda que se vive en la inmanencia, sino una vida, hic et nunc, eterna, la vida eterna que comienza en la vida presente. La Regla entera ilustra esta vida verdadera y eterna, es ese "camino de vida" que "el Señor mismo en su bondad nos muestra" (Prol. 20). Si no proponemos esto, si nuestras comunidades no viven para esto, si no son una escuela de vida verdadera y eterna, no ofrecemos nuestro carisma, y no somos realmente fecundos. Pues, ser fecundo significa transmitir la vida, y nosotros estamos llamados a vivir y transmitir la vida verdadera y eterna que el Cristo Pascual nos comunica a través del bautismo. Digo todo esto porque esta visión nos permite vivir nuestras debilidades y nuestras muertes como una oportunidad para testimoniar la verdadera vida, la verdadera fecundidad que Cristo hace siempre posible. La fecundidad de los mártires se manifestaba en el modo excepcional como morían. Esta es una herencia directa de Cristo crucificado: "El centurión que estaba allí ante Jesús, viendo cómo había expirado, declaró: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15,39). ¿Qué vio este pagano que fuera tan convincente en la muerte de Cristo? Tuvo la gracia de ver que Jesús moría con un sentido, un amor, que hizo de esta muerte el testimonio de una vida más grande, de un sentido de la vida más fuerte que la muerte. No es una coincidencia

que San Benito ponga, uno tras otro, tres instrumentos de las buenas obras que hablan de vida y muerte:

"Desear la vida eterna con todo el ardor del espíritu.

Tenga presente la muerte todos los días.

Velar a toda hora sobre las acciones de su vida." (RB 4.46-48)

En el deseo de vida eterna todo adquiere sentido: cada momento de la vida temporal así como la muerte inevitable. Y nada es una prueba más evidente de la vida eterna, que una vida y una muerte que encuentran en ella su sentido y su cumplimiento.

El siglo XXI es el siglo de una cultura en la que el hombre ya no sabe dar sentido a la vida y a la muerte, porque es una cultura de inmanencia que ha perdido el sentido de la vida eterna. ¿Hay un deseo de vida eterna en nuestros monasterios, en nuestras liturgias, en nuestra vida fraterna, en nuestra acogida, en nuestro silencio, en nuestra palabra? ¿Vemos en nuestra vida y en nuestra muerte que Cristo resucitado ha vencido la muerte y así da un sentido eterno a la vida?

Comprendemos que estas preguntas no pueden ser respondidas con un esfuerzo moralizante. No se trata de hacer algo más, o algo diferente o mejor. San Benito nos hace ver que se trata más bien de trabajar el deseo, la mirada interior, la guarda del corazón, para dar un sentido profundo a la vida ordinaria, humana, que se vive tanto en el monasterio como en todas partes por nuestros hermanos y hermanas.

No faltan aquellos y aquellas que nos han transmitido este patrimonio. Si hoy somos monjes y monjas lo mejor que podemos, es porque, de la mejor manera posible, hemos sido engendrados en esta vocación. Así como tengo la certeza de estar ligado a Adán y Eva por una cadena ininterrumpida de generaciones, así también, si hoy soy cisterciense, significa que una misteriosa cadena espiritual conecta sin cesar mi vocación a la de los primeros abades y monjes de Cîteaux, y a través de ellos sin interrupción, a San Benito.

Cuando nos reunimos en Cîteaux en mayo, para ver juntos las posibilidades de colaborar como Familia Cisterciense en el mantenimiento y utilización de nuestro lugar de origen, en particular del Definitorio y de las huellas de la primera iglesia, fue evidente que el Espíritu nos permitió encontrar en toda su frescura, la fuente de una vida que nos engendra hoy.

Creo que en este sentido tendremos que encontrar la forma de vivir juntos el 900 aniversario de la Carta de Caridad con una especie de piedad filial que pueda regenerarnos para engendrar por nuestra parte, una descendencia cisterciense más preocupada, como Abraham, por ser una bendición para el mundo de hoy, que un juicio que nos condenaría a nosotros en primer lugar. Todo carisma es ante todo un don, una gracia, y sigue siendo un carisma si sigue siendo acogido y transmitido como una gracia. Nadie es dueño de un carisma, y a veces están los llamados guardianes del carisma, que en realidad son sólo sus secuestradores. No hemos recibido nuestro carisma para convertirlo en rehén de nuestra sed de poder, de nuestra vanidad o de nuestro miedo a perder la vida por Cristo.

Un carisma hace más bien profetas, y ser profeta significa ser siervo de un don que se da. Es como poseer un manantial: lo conservo si lo dejo fluir lejos de mi terreno, de lo contrario, la fuente se convierte en estanque podrido.

Recientemente me impactó una frase del profeta Amós leída en Vigilias: "Cuando el Señor Dios ha hablado, ¿quién rehusará ser profeta? (Amós 3: 8) En la historia de nuestro carisma, muchos aceptaron transmitir la Palabra que Dios les confió. Se trata de nuestros autores espirituales, nuestros santos, los monjes y monjas que han sabido revivir de una manera particularmente sensible y visible la llama de nuestro carisma.

Tras haber provocado un poco aquí, hace seis años, un trabajo común para que Santa Gertrudis sea reconocida como Doctora de la Iglesia, hemos recorrido un largo camino, tal vez no demasiado en el sentido de la causa, sino... de la causa del sentido. Quiero decir que los estudios, reuniones y sesiones que provocó esta causa nos convencieron de que lo que deseamos para la Iglesia ya es una realidad para nosotros: Gertrudis es para nosotros profeta de una palabra de Dios que puede hablar al hombre del siglo XXI y darle sentido a su vida por medio de una relación viva y amorosa con Cristo, y por Él, con la Trinidad.

Conferencia de Dom Gregory Polan, Abad Primado de los Benedictinos

“UNIDAD DE DIOS – UNIDAD EN DIOS”

MONJES Y MUSULMANES EN DIÁLOGO

ENCUENTRO DEL DIM (NAIROBI, KENIA 2-7 DE SEPTIEMBRE DE 2017)

La fecha del 1er trimestre para la llegada de los musulmanes chiitas así como de monjes y monjas participantes, ha situado bajo los mejores auspicios la primera reunión interreligiosa del Diálogo Interreligioso Monástico (DIM / MID) en África. Para los musulmanes era la Aïd el -Adha la «Fiesta del Sacrificio», la fiesta que honra la voluntad de Abraham (Ibrahim) de inmolar a su hijo en un acto de obediencia al mandamiento de Dios. El Aïd el-Adha es la segunda de las dos fiestas nacionales, universalmente celebrada por los musulmanes cada año, y es considerada como la más santa de las dos. Para los Keniatas, este 1º de septiembre era el día también en que la Corte Suprema de Kenia anunció su decisión con relación a la última elección presidencial impugnada que tuvo lugar en el transcurso del mes de agosto... Fallando que se habían reunido pruebas substanciales de fraude en el recuento de votos, la corte ha declarado nula y sin valor esta elección y ha llamado a la celebración de un nuevo escrutinio a los 60 días (la fecha fue fijada después al 17 de octubre). Al decidir no declarar ninguno de los dos principales competidores, la corte ha evitado la fuerte posibilidad de que su juicio no fuese acogido por protestas masivas y potencialmente violentas a lo largo del país.

Este encuentro de monjes y monjas con los musulmanes chiitas era el 5º encuentro del género en el que estaba directamente comprometido el DIM. Los cuatro encuentros anteriores, tuvieron lugar en Roma (2011), Qom / Ispahan (2012), Asís / Roma (2014) y Qom / Mashhad (2016). Fueron precedidos por tres encuentros más breves, organizados conjuntamente por el Dr. Muhammad Ali Shomali y Dom. Timothy Wright (entonces Abad de Ampeforth), dos en Inglaterra y el tercero en Irán.

El lugar elegido para el encuentro de este año fue el Centro Misionero Benedictino de Subiaco dirigido por las Hnas. Benedictinas de Karen. Las diez participantes chiitas provenían de Irán, Inglaterra (se trataba de Iraníes, Americanos y de un keniatas), y de Canadá. 14 Benedictinos, incluyendo al actual abad primado así como a su predecesor, proviniendo de 6 países de África (Kenia, Nigeria, Senegal, África del Sur, Tanzania y Uganda), Australia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, y de los Estados Unidos. Estaba igualmente presente una teóloga alemana, corresponsal de una radio bávara que vive en Italia y que ha cubierto la celebración de las conferencias precedentes. A pesar de que los participantes en este encuentro provenían de diversos países, y que la mayoría de ellos eran nuevos en este género de diálogo, todos unánimemente reconocieron que en el espacio de apenas 6 días, tuvieron la experiencia de una profunda amistad interreligiosa, y un ensanche de los corazones (dilatatio corde! – para hacer eco de la revista on line de DIM-MID [ndt]), que ha sido verdaderamente una gracia de Dios, el Providente el Misericordioso.

El tema del encuentro de este año toca claramente al corazón de la religión musulmana como al de la fe cristiana. Las dos comparten esta creencia en la unicidad de Dios, pero sus modos de expresar esta creencia difieren profundamente. La fe cristiana como fue definida por el primer concilio ecuménico de la Iglesia (en Nicea en 325) y formulado por el Credo subsiguiente “profesa la fe en un solo Dios...en el Señor Jesucristo, el Hijo Único de Dios...Consustancial al Padre y al Espíritu Santo, que es Señor y da vida, que procede del Padre y del Hijo...” Unos 300 años más tarde, el Profeta Mohammed relató la revelación que había recibido: “Alabanza sea dada a Dios (Allah que nunca tomó un hijo para sí, que no comparte su reino, no tiene necesidad de nadie, que su debilidad pudiese requerir como protección. En un pasado tan alejado de nosotros, la forma más común de resolver tales diferencias de expresión en la fe monoteísta se hacía por vía apologética (Por donde cada uno defendía o probaba la verdad de su propia doctrina religiosa según una argumentación sistemática y el discurso). En el mejor de los

casos un enfoque semejante conducía a descartar al otro (estar de acuerdo en un desacuerdo) y a lo peor, a una hostilidad reciente hacia aquellos cuya manera de expresar su propia fe en la unicidad de Dios difería de la nuestra.

La finalidad de nuestro encuentro en África era de proveer un espacio en el que los musulmanes chiitas y los monjes y monjas católicos pudiesen hablar abiertamente los unos con los otros, sobre el tema de su manera de expresar y de comprender su fe en el Dios único. Hicimos así eco a la frase de Christian de Chergé, vuestro hermano trapense, un testimonio para todos y amigo de los musulmanes, que estimaba que “Decir Dios de otra manera no era decir otro Dios”. Más aún queríamos hablar los unos con los otros de las maneras en que nuestras fes respectivas nos motivan para trabajar por la unidad, en el seno de nuestras comunidades de fe, o con personas de otras creencias, o en el seno de la sociedad en el sentido más amplio.

Hemos consagrado mucho de nuestro tiempo a discusiones en pequeños grupos o en sesiones plenarias, en las cuales estábamos expresamente invitados a hablar en primera persona de nuestra fe, de nuestra experiencia religiosa, de nuestra práctica espiritual... para decirlo de otra manera a hablar no tanto con expresiones tales como: “los católicos creen que” o “los musulmanes creen que” sino más bien “yo creo que...” Los intercambios nos han permitido igualmente hacernos mutuamente preguntas y llegar así a una mejor comprensión y una mayor estima para una experiencia nuestra y prácticas que difieren de las nuestras, pero que pueden a menudo aparecer como complementarias de las nuestras.

Fue un momento particularmente conmovedor cuando, en su comentario, un participante musulmán dijo que no estaba de acuerdo con aquellos que dicen que los cristianos son politeístas. Ustedes comparten nuestra fe en el Dios Único, dijo, pero la forma en que ustedes expresan su fe en la unidad de Dios es trinitaria. No entendía eso, pero él creía en la honestidad y la sinceridad de los cristianos que le aseguraba de que su creencia en la Trinidad no debilitaba ni comprometía su creencia en la Unidad de Dios.

Durante la conferencia, cada vez había más convicción de que nuestro diálogo sobre la unidad de Dios debía ir más allá de una mejor comprensión mutua y el respeto mutuo. Debemos encontrar maneras de trabajar juntos para profundizar nuestra unidad con Dios y nuestra unidad con los otros como hermanos y hermanas en la única familia humana y como "primos" en la familia Abrahámica de los creyentes.

Además de las presentaciones y discusiones que tuvieron lugar en Subiaco Center, el encuentro contó con la participación de una tarde de encuentro interreligioso en el Centro Islámico Jeffrey (chiita) en Lavington, Nairobi; una visita de cortesía al Nuncio Apostólico en Kenia, el Arzobispo David Kamau Ng'ang'a; una breve presentación a los cuadros de profesores y a los estudiantes de la casa de estudio para los Benedictinos africanos; una prolongada visita y una discusión con la comunidad benedictina del Príncipe de la Paz en Tigoni; y dos conferencias públicas en la Universidad de Tangaza, una universidad católica administrada conjuntamente por unas veinte congregaciones, entre ellas las Benedictinas. El primer día en Tangaza después de las palabras de bienvenida del director y una introducción por el Abad Primado, el Dr. Newton Kahumbi Departamento de Filosofía y Estudios Religiosos en la Universidad Kenyatta Maina (Nairobi) habló de diálogo interreligioso en Kenia. El segundo día se dedicó a las características y objetivos específicos del diálogo monástico interreligioso.

El contacto establecido entre el DIM y Tangaza es particularmente prometedor para el futuro del diálogo entre musulmanes y monjes / monjas en África. El nuevo rector, el profesor Stephen Mbunga Ngari, y el jefe de la misión y el departamento islámico, Padre Inocencio Maganya (ADM), han expresado su fuerte deseo de colaborar con las instituciones académicas chiitas en Irán, para ofrecer cursos y seminarios, tanto en Tangaza como en África del Este y Sudáfrica. El Padre Maganya también dijo que estaba dispuesto a trabajar con el DIM-MID para ofrecer programas de capacitación para el diálogo interreligioso para monjes y monjas en la región. Cree que programas de formación similares

para monjes y monjas francófonas podrían desarrollarse en colaboración con un centro dirigido por las Misiones de África en Bamako, Malí.

Para concluir: una experiencia que me abrió a nuevos horizontes, fue darme cuenta de lo mucho que mi propio punto de vista de los musulmanes en la región, los musulmanes en general y de la franja fundamentalista de los musulmanes, fue influenciado por los medios de comunicación, que, con demasiada frecuencia, está atento a las acciones chocantes, violentas y asesinas perpetradas por los musulmanes. Esto se me ocurrió especialmente cuando uno de nuestros jóvenes voluntarios alemanes en San Anselmo vino a recogerme en el aeropuerto a mi regreso a Roma. Me preguntó a bocajarro: "¿Por qué quiere reunirse con estos musulmanes, a quienes considero terroristas?". Traté de explicarle algunos puntos pero estaba claro que su opinión estaba ya formada. Sólo puedo esperar que algunas de las cosas que le he dicho puedan abrirse camino en los meses y años venideros. Así pues, mis queridos hermanos y hermanas, oremos por la paz y la comprensión, abramos nuestros corazones para escuchar, leamos con vigilancia y busquemos juntos los caminos del entendimiento y de la paz.

Para concluir en una nota muy personal. . .

(Tengo que hacer una especie de paréntesis aquí, estoy felizmente acompañado hoy por uno de nuestros jóvenes voluntarios de Alemania, que era mi conductor esta mañana, y no es de él de quien hablo aquí).



Homilía de la Misa de clausura del Capítulo (Dom Eamon)

En estos días en la misa escuchamos acerca del regreso del exilio y de la reconstrucción de Jerusalén y su templo. Hoy encontramos a Esdras en un estado de tristeza, en el momento del sacrificio de la tarde, mientras medita y ora sobre lo que le ha sucedido a su pueblo, el pueblo de Dios. Castigados por su infidelidad a Dios y a su ley y dispersos sobre la faz de la tierra, ahora están recibiendo misericordia y nueva vida. El exilio parecía y era un desastre para los que lo sufrían, pero la mano de Dios estaba ahí y nunca abandonó a su pueblo, a pesar de lo que, con tanta evidencia, parecía lo contrario.

De hecho, del exilio vino la diáspora, un terreno fértil para la difusión del Evangelio. Del exilio nació el judaísmo, la sinagoga tenía ahí sus raíces y el estudio de la ley tomó un lugar central en la vida del pueblo de Dios. Y sobre todo de esta fe renovada vinieron María y José y Jesús nuestro Señor y Salvador. En esta tierra de exilio hay que dar gracias a Dios y hacer conocer su grandeza, dice el salmo.

Y en el Evangelio encontramos que a los Doce se les confía la misión de difundir estas buenas nuevas. Se les da poder y autoridad sobre el mal, para curar enfermedades, para que se sepa que Dios gobierna, para sanar y para dar integridad. Es un poder que se transporta en vasijas de barro que son en realidad recipientes frágiles. Son personas que dependen - que viven para hoy, que viajan ligeros y que dependen, confían en la hospitalidad y la bienvenida de otros. Sólo se tienen a sí mismos y las Buenas Noticias que ofrecen. Pero su mensaje trae bendición o juicio y continúa logrando lo que Dios quiere que sea producido por su palabra de salvación.

Algunas verdades que emergen de esta palabra hoy:

- La presencia de Dios con su pueblo: ¡nada puede separarnos del amor de Dios!
- Lo que aparece como un desastre puede ser una bendición - la Cruz es un recordatorio constante de esto.
- Somos débiles pero en Dios todas las cosas son posibles.

En la fe y en la esperanza que esta palabra evoca, celebremos estos sagrados misterios.

